

OMNIA POSSUM IN EO QUI ME CONFORTAT

A.C.N. DE P.

Año XLV - Octubre 1968 - Número 864
Depósito Legal: M. 244-1958

Director:
José Luis Gutiérrez García

EDITORIAL



DE CARA AL FUTURO

El discurso pronunciado por nuestro presidente, Abelardo Algora, en el acto de clausura de la LV Asamblea General, es un aldabonazo a la conciencia colectiva de la Asociación de cara a un nuevo horizonte ileno de claras esperanzas, pero también de nubosos interrogantes.

Las palabras de nuestro máximo representante no han caído en la fácil tentación triunfalista de subrayar los logros del pasado, la obra ya realizada. Han preferido partir de un sereno análisis crítico de la hora presente, de las circunstancias actuales, tanto en la perspectiva general como en la española, para desembocar en una urgente convocatoria a todos los hombres de la Asociación en el empeño de construir un futuro que cada día se nos va haciendo presente.

Quando se va a conmemorar el aniversario de una sexagenaria Asociación como la nuestra, que ha dado sobradas pruebas de vitalidad creadora, se perciben con mayor claridad las inevitables arrugas que han ido surgiendo en su venerable rostro al correr de los años.

Nadie discute que muchos aspectos de la vida católica y de la realidad nacional han dado un giro copernicano, no ya en los últimos sesenta años, sino en los últimos lustros: la crisis postconciliar, especialmente en el campo de la obediencia; las nuevas formas de anticlericalismo, no por más solapadas menos corrosivas; la secularización de no pocas facetas de lo religioso; la penetración del ateísmo; la descomposición de la familia, son otros tantos capítulos apuntados por nuestro presidente en el saldo negativo de la hora actual. Junto a ellos, un confortable abanico de signos positivos: reforma de las estructuras eclesiales; renovación litúrgica; mayor acción integradora en lo social; más decisiva participación del laicado, etc.

Hasta ahí la constatación de una situación de hecho para, sobre ella, concebir la futura estrategia global de la A.C.N. de P. Porque nuestro presidente en su discurso fue a eso, a sentar los pilares de la renovación de la Asociación en su estructura y su espíritu internos para potenciar, a partir de ellos, su acción exterior. Renovación centrada —como dijo— «en la necesidad de la conversión de nuestro corazón a Dios para que en nuestras vidas y en nuestra Asociación se refleje mejor el rostro de Cristo». Renovación asentada en una vida interior tipificada como cristocéntrica, mariana, bíblica, sacramental, eclesial, comunitaria y encarnada.

Sobre este basamento dibujó nuestro presidente la doble proyección de la A.C.N. de P. En el ámbito interno, a partir del compromiso espiritual y de la unidad entre los propagandistas seleccionando y formando nuevos hombres, reorganizando los Círculos generales y especializados, revitalizando los Centros de provincias e incorporando a la mujer. En el plano exterior, según su tradicional vocación, incidiendo en los campos de la enseñanza, los medios de comunicación de masas, la familia y la acción social.

La A.C.N. de P. ha hecho mucho, pero le queda aún mucho por hacer. El discurso de clausura de la LV Asamblea General es la llamada del inquieto capitán a una, muchas veces, sesteante tripulación. Es la llamada a la acción común en la esfera de responsabilidad de cada uno. No se trata de desguzar un viejo navío varado. Se trata de remozar un sólido casco marino para cubrir nuevas singladuras en un apasionante viaje orientado por los rumbos azules de la mejor rosa de los vientos: la Providencia.

SUMARIO

Editorial. De cara al futuro	1
Actualidades de la A.C.N. de P. Presentación del libro de Pablo VI «Cristo, vida del hombre de hoy»	2
LV Asamblea General	2
Círculos de Estudios. La libertad del acto de Fe	3
La Fe y la Iglesia	4
La Fe y el diálogo con los no creyentes	7
Actualidades de la A.C.N. de P. Don Maximino Romero, obispo de Avila	12
Asamblea regional de la A.C.N. de P. en Oviedo	12
«Seglars en la historia del catolicismo español»	12

Isaac Peral, 58. Madrid-3

Imprime: S. A. E. Gráficas Espejo

Tomás Bretón, 51. Madrid-7

Presentación del libro de Pablo VI «Cristo, vida del hombre de hoy»

HOMENAJE DEL C.E.U. A PABLO VI

En el Centro de Estudios Universitarios se celebró la presentación oficial del libro de Su Santidad Pablo VI: «Cristo, vida del hombre de hoy». Presidió el acto el Nuncio Apostólico en España, monseñor Luigi Dadaglio, acompañado del presidente de



la Asociación, don Abelardo Algora Marco; el director del Centro de Estudios Universitarios, don José Giménez Mellado; el consejero delegado de Euroamérica, don Leopoldo Arranz; don Fernando Martín Sánchez Juliá y el director del Servicio de Publicaciones del C.E.U., don Fernando Guerrero.

El señor Algora, con unas palabras de salutación, efectuó la presentación en los siguientes términos: «La Iglesia espera de

los laicos una ayuda firme para el progreso ascendente de sus instituciones. En la edición de este libro nos ha movido el deseo de servir al pensamiento pontificio y tributar a Su Santidad nuestra más plena adhesión al Magisterio de la Iglesia, en estos momentos en que se le discute con suma injusticia y excesiva ligereza.»

El señor Arranz expuso la historia de la publicación del libro de Pablo VI y rindió homenaje a las eficaces y entusiastas colaboraciones que han hecho posible esta hermosa realidad en un plazo récord de siete semanas.

Don Fernando Guerrero disertó sobre el tema «Pablo VI, apóstol de Cristo», en la que, entre otras cosas, dijo que Pablo VI pertenece a la raza de los más grandes apóstoles del Cristianismo. La tolerancia y la intolerancia —dijo— no se contradicen; la primera es práctica, y la segunda, doctrinal. Pablo VI no es el Papa de la intransigencia, del autoritarismo, ni el de la transigencia. La clave de su acierto es que ha sabido sintetizar ambas posturas en el apostolado, haciendo de su vida una línea recta de servicio incondicional a la Iglesia.

Culminó el acto monseñor Luigi Dadaglio, con las siguientes palabras: «Nos hailamos ante un mundo donde todo cambia rápidamente. Las viejas estructuras ceden ante la presión de fuerzas nuevas. En esto hay un peligro, pero el peligro no está en el cambio, sino en la inexperiencia, en la falta de sabiduría, de sensatez, de sanos y justos criterios. Sólo se aprecia lo que satisface a los sentidos. En esta prisa por acomodarse a los tiempos nuevos, hay muchos que se presentan como maestros, y a la ligera presumen de poder sentar criterios para una nueva moral y una nueva justicia. En este desconcierto, el Papa, con su sabiduría y su amor, inspirado en Dios, nos indica el mundo verdadero y guiar a los hombres en el camino de la salvación. Pablo VI es un gran Papa, moderno en su visión de futuro y firme en la solidez de los valores permanentes.» Felicitó al C.E.U. por la publicación del libro, que «ha sido una prueba de amor y de fidelidad al Papa Pablo VI».

LV ASAMBLEA GENERAL

Especial Bendición Apostólica de su Santidad Pablo VI para la Asociación

Secretaría de Estado

N. 121503

Vaticano, 4 de octubre 1968

Estimado en el Señor:

Con profundo consuelo y viva complacencia ha recibido Su Santidad el mensaje con el que usted, en nombre propio y de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, ha manifestado su adhesión al Augusto Pontífice, en ocasión de la reciente Asamblea General.

A este elocuente testimonio, el Santo Padre corresponde muy reconocido y, mientras lo exhorta a seguir manteniendo firmemente y a propagar con los medios a su alcance la doctrina del Magisterio de la Iglesia, les otorga, en prenda de copiosos dones divinos y como prueba de su benevolencia, una especial Bendición Apostólica.

Aprovecho gustoso la oportunidad para expresarle las seguridades de mi atenta consideración y estima en Cristo.

Sr. D. Abelardo Algora Marco.

Presidente de la Asociación
Nacional de Propagandistas

Madrid.

«Son muchos los españoles que miran a la A.C.N. de P. con la misma confianza que inspiró en un pasado al que hará honor oportunamente»

Carta del Arzobispo de Madrid-Alcalá al presidente

El Arzobispo de Madrid-Alcalá
E/3964/68

Sr. D. Abelardo Algora.
Presidente de la A.C.N. de P.
Madrid.

Muy distinguido señor presidente y querido amigo:

A mi regreso de Tierra Santa he encontrado el telegrama que con fecha 15 de los corrientes me envió, en nombre de la LV Asamblea General de la A.C.N. de P., como expresión de la adhesión de los asambleístas.

A pesar de los días transcurridos, no quiero dejar de agradecer a usted y a la Asamblea la atención que han tenido. Y no quiero dejar de expresarle la confianza que tengo en la Asociación para el presente y para el futuro. Son muchos los católicos españoles que miran a la A.C.N. de P. con la misma confianza que inspiró en un pasado al que, sin duda alguna, hará honor oportunamente.

Con toda consideración y afecto, se reitera su s.s. y a. que le bendice,

Casimiro Morcillo.

Madrid, 24 de septiembre de 1968.

TRAEMOS hoy a nuestras páginas «Círculos de Estudios» las tres últimas conferencias del ciclo que, con motivo del Año de la Fe, se celebró en el Centro de Madrid, el Curso pasado. Estas fueron pronunciadas por los propagandistas don Manuel Ruiz Gómez y don Francisco Guijarro Arrizabalaga. La tercera corresponde a la clausura del mismo, que corrió a cargo del Excmo. y Rvdo. señor don José Guerra Campos, obispo auxiliar de Madrid-Alcalá. Con ellas, y a partir de este momento, se abrirá la publicación, en los próximos números de nuestro Boletín, de las nuevas conferencias que integran el Curso que se inicia ahora en el Centro de Madrid.

La libertad del acto de Fe

El tema de la libertad del acto de fe lo he abordado en varias partes. En una primera parte voy a hacer un análisis de la estructura del acto de fe, un poco, digamos, en un plano abstracto; pero me parece que después, al hablar del problema de la fe, es necesario también mirar el problema no solamente sobre una vertiente abstracta, haciendo análisis de conceptos y análisis de estructuras de acto de fe, sino bajando también a lo que la fe tiene de exigencia en la vida ordinaria, en la vida diaria; en ambas partes, naturalmente, quiero hacer mostrar que la libertad, que es el enunciado del tema, la voluntad libre del hombre, tiene una gran influencia, respecto a la estructura del acto de fe, y en un sentido abstracto y teórico, la fe es un contacto personal, la fe es, por una parte, una llamada de una persona: Dios. Dios hace una llamada y una vocación a la fe a todo hombre, y ante esa llamada hay una respuesta, también personal de una persona que es la persona humana.

LA FE, ADHESIÓN INTELLECTUAL

En primer lugar, la respuesta a la fe es un sentimiento y es una adhesión intelectual; el entendimiento está facultado preferentemente en el hombre junto con la voluntad libre; tiene una función primordial, en esta respuesta a la llamada de la fe, el acto de fe; pero tiene una actuación característica en el acto de fe, y es que este asentimiento, esta adhesión intelectual, nos la pone el hombre en este acto de fe, en virtud de una evidencia intrínseca que tenga de esa verdad, sobre todo refiriéndonos a los misterios estrictamente tales. Ya sabemos que hay otro cúmulo de verdades, que a pesar de haber sido reveladas, también, puede el hombre llegar a ellas, mediante una dilucidación natural de la mente. Como digo, este asentimiento, esta dilucidación intelectual, no se pone, por una evidencia intrínseca de la verdad, la cual ha sido revelada, como podría ocurrir, por ejemplo, en una evidencia matemática, un principio elemental: dos más dos son cuatro; esto se impone a la mente por sí mismo. Esta evidencia intrínseca, no la tenemos en el acto de fe, pero la adhesión nuestra, aunque sea algo inevitable, no es por eso menos firme, puesto que está afianzada esta adhesión intelectual, basándose en la autoridad de la persona que revela, que hace esa llamada a la fe; que es la persona divina. El acto de sentimiento y la adhesión intelectual a la fe con estas características, no deja, por eso, de ser un acto razonable. Nosotros sabemos, que se fundamenta en unos motivos de credibilidad, que son ciertos, que son suficientes, aunque no sean tales, que puedan de un modo absoluto y necesario, determinar la inteligencia del hombre a su asentimiento. Los filósofos, decimos, que en los juicios y en el asentimiento de nuestra mente, tenemos que distinguir dos tipos de asentimiento; aquellos en los que la verdad es tan clara, tan evidente por sí misma, que entonces el asentimiento y la actuación del entendimiento es automática, no puede de ninguna manera

no afirmar la evidencia: a esto lo llamamos una certeza necesaria; pero, en cambio, existen otros cúmulos de certezas, que son las llamadas certezas libres, que, al no ser evidentes por sí mismas, de un modo necesario y automático, determinen la actuación del entendimiento: es la voluntad libre. Esta facultad está en el mismo rango de espiritualidad y de altura; y es la estructura del hombre la que tiene que dar una noción al entendimiento, para que haga el asentimiento racional. El asentimiento hecho de este modo es una certeza libre; este es el asentimiento que nuestra mente pone en el acto de fe; un asentimiento en el que hay un influjo de la voluntad libre. En el entendimiento, a su vez, como diremos después, la voluntad libre está movida por la gracia divina.

MISTERIO Y OSCURIDAD DE LA FE

Esta nueva evidencia de la fe, casi podemos considerarla, y sin casi, como algo querido por Dios, y querido para que nosotros ejercitemos nuestra libertad; para que el acto de fe sea verdaderamente un acto humano, un acto moral, un acto responsable. La actuación de la voluntad libre del hombre.

No hay posibilidad de responsabilidad, ni de moralidad, para que sea un acto auténticamente religioso y para que el hombre ejercite un cúmulo de virtudes y de disposiciones, que después, también veremos, exige esta adhesión del entendimiento. Unas verdades que no son intrínsecamente evidentes por sí mismas y que en muchísimos casos los misterios estrictamente tales están fuera, podíamos decir, del área en que, naturalmente, puede moverse la inteligencia humana. Esto lleva consigo el que *la idea de misterio y de la oscuridad de la fe sea esencial al cristianismo*, por lo menos en este terreno en que estamos hablando ahora, lo cual esto no debe sorprendernos, porque yo diría que la idea de misterio, la hemos de aceptar como algo esencial al cristianismo, como algo que la fe cristiana nos impone.

El sentido del misterio en el orden natural basado, como digo, en este reconocimiento de que la mente humana, con todo su gran poderío, es con todo algo limitado, es necesario en el orden natural. Por tanto, si tratamos del orden sobrenatural, si tratamos de la revelación de Dios, si tratamos de la fe no hemos de rasgarnos las vestiduras al admitir que sea algo necesario y esencial este sentido del misterio y esta oscuridad en que están envueltas las verdades de la fe; no por eso el asentimiento de nuestra fe deja de ser cierto; ni muchísimo menos, no es tan evidente, naturalmente, como puedan ser estas otras verdades, expuestas en estos primeros principios elementales; la matemática y las ciencias exactas; tan evidente como éstas, no es. Es mucho más firme, porque se basa en la autoridad de Dios. Por eso los filósofos solemos decir, no sé si con una palabra exacta, que hay una certeza en el acto de fe, que es reductivamente metafísica; es decir, una certeza metafísica es lo contrario, es un absurdo, es contradictorio;

y efectivamente, tratándose de Dios, podemos considerar, que al ser la persona divina la que exige este asentimiento al hombre, y la persona divina es infalible, hay una certeza que es equiparable, lo que puede significar la palabra reductivamente equiparable a una certeza de signo metafísico; por tanto, el asentimiento del entendimiento puede ser bajo el influjo de la voluntad. No por eso deja de ser menos firme, ni cierto, tampoco, el que la voluntad interviene y es un impulso último, incluso podemos decir que es el inicial y que en todo acto de fe, en el fondo, hay un comienzo por la voluntad libre y por un acto de amor, no solamente una verdad que la filosofía —con estos conceptos de certeza necesaria o certeza libre— afirme, sino que por ejemplo, el Concilio de Trento, ya nos dice que la fe por la que creemos, es un acto por el que libremente nos movemos hacia Dios.

La concepción de la fe en el Nuevo Testamento aparece también como una aceptación libre del hombre a la adhesión intelectual; por tanto, ¿en qué consiste el acto de fe? Depende de una opción voluntaria del hombre; de donde se deduce, como dije antes, que esta opción voluntaria es, algo responsable, es un acto moral.

Santo Tomás de Aquino —esta gran figura del pensamiento de la Iglesia— en su tratado "De Veritate", cuestión 14, artículo 4.º, también dice de un modo neto, que la voluntad tiene una influencia decisiva en el acto de fe.

LA VOLUNTAD INFLUYE DE MODO DECISIVO EN EL ACTO DE FE

La fe no está absolutamente, dice Santo Tomás, en el entendimiento especulativo, sino que en cuanto éste es impulsado por la voluntad, y en esto, dice Santo Tomás, hay cierta perfección de la facultad cognoscitiva en que obedece a la voluntad unida a Dios, es decir, a la voluntad movida por la gracia de Dios.

El pecado de omisión y de comisión en la fe tampoco tendría sentido si la fe no fuese, a su vez, un acto libre, algo que depende de la actuación de nuestra voluntad libre. La voluntad, puede tener una influencia en la adhesión del entendimiento a las verdades de la fe. Puede tener una influencia, directa o indirecta; directa podíamos decir aquello de que no hay mayor ciego que el que no quiere ver; la voluntad puede hacer que el entendimiento no se aplique a la consideración de las verdades de la fe y de los motivos que avalan las verdades de la fe: motivos de credibilidad. Y en este sentido la voluntad de un modo indirecto evita el que se dé este asentimiento a las verdades de la fe. Pero también, como hemos visto, en un sentido tiene una influencia directa, puesto que movida por la gracia ha de mover, a su vez, al entendimiento.

Santo Tomás de nuevo, en la Summa contra gentes, dice: "La voluntad desempeña el papel principal en el conocimiento alcanzado mediante la fe; el entendimiento asiente en virtud de la voluntad, no por la fuerza ineludible de la evidencia interna del objeto." Creo que con estas palabras, Santo Tomás resume de un modo perfectísimo y exacto, todo lo que yo de un modo imperfecto, hasta ahora, he dicho. Los filósofos, a veces cometemos el error de analizar demasiado, por aquello de tener que aclarar mucho los conceptos en este análisis; y en esta división del entendimiento por un lado, la voluntad por otro, los sentimientos, etcétera, yo creo que cometemos una deformación, deformamos la realidad, toda esta estructura y todas estas actuaciones del hombre en el acto de fe, actuación de su entendimiento, actuación de su voluntad libre, naturalmente, vitalmente forman una unidad, son ni más ni menos que la manifestación de un impulso más profundo que en la persona, la persona que en un acto simple responde toda ella, entregándose a la llamada de Dios a la fe. La fe, naturalmente, no sería una virtud teologal y no tendría un carácter sobrenatural, como tiene que tener nuestra fe, la fe del cristiano, si no estuviese movida por la gracia divina y auxi-

liada la gracia divina. Es otro tercer elemento esencial y fundamental en el acto de la fe religiosa. Si prescindieramos por un momento, y nos quedaríamos en el análisis del acto de fe, considerando los elementos humanos que influyen en este acto de fe, podemos llegar a la conclusión de que en el hombre existe una fe humana, como existe, naturalmente, en muchísimos casos en los que creemos los hombres, pero este acto de fe no lo consideramos, no lo podemos considerar de ninguna manera, desde un aspecto naturalista, ni tampoco desde un aspecto fideísta, pensar que la gracia ha de hacer todo, admitiendo la pasividad del hombre, sino como una colaboración intrínseca, una colaboración estrecha, y a lo mejor entre el hombre, con lo más elevado que hay en él: sus facultades superiores, su espíritu, su persona, colaborando con la gracia divina.

EL ACTO DE FE ES OBEDIENCIA AL EVANGELIO

El hombre no da el paso a la fe y no vive la vida de fe sólo, sino auxiliado de un modo indispensable por la gracia divina. Esta afirmación de que la voluntad libre es algo necesario, imprescindible en la actuación de la fe —puesto que ha de mover al entendimiento— no debemos considerarla, sólo en un aspecto fundamentalmente teórico, sino que lleva consigo una entrega total del hombre, una respuesta vital a Dios, y entraña en sí una serie de virtudes, de actitudes, de exposiciones del más alto valor religioso, por ejemplo, la sumisión del entendimiento al testimonio de Dios, tiene un profundo sentido de obediencia. San Pablo, en la Epístola a los Romanos, dice: "*El acto de fe, es obediencia al Evangelio.*" Esta obediencia implica renuncia a la autonomía de nuestra razón, que tiene tendencia e inclinación a regirse por sí misma, y que, sin embargo, en el acto de fe hay que someterla, hay que sujetarla a la autoridad de Dios. Dice San Pablo en la II Epístola a los Corintios: "Hacemos cautiva toda inteligencia bajo la obediencia de Cristo." Esta renuncia a la autonomía de la propia razón, qué duda cabe, es una ofrenda dolorosa, es un sacrificio de algo muy íntimo. Al hombre le cuesta mucho dejar las cosas, pero en definitiva, lo que más le cuesta es dejarse a sí mismo, o dejar algo de sí mismo, en este último caso, esa renuncia, que se exige de la autonomía de nuestra razón. Por otra parte, el sentido de sacrificio y de ofrenda dolorosa a Dios es algo —sabemos todos— esencial en el cristianismo, al cristiano se le ha dado un Evangelio de cruz, un evangelio que, en los primeros momentos, ya de su nacimiento, fue

un escándalo para los judíos y una necedad para los griegos, como también nos dice San Pablo, esta entrega, este sacrificio doloroso es una muestra de amor a Dios, no lleva consigo —como podía pensar una postura racionalista y de una supervaloración de lo humano, que hoy está tan de moda—, no lleva consigo un empobrecimiento del yo, sino todo lo contrario, es precisamente un enriquecimiento, ¿por qué?: porque por una parte las facultades del hombre se puede decir que llegan al límite extremo, adonde más allá no es posible que lleguen, y por otra parte al ser tan limitadas, Dios ha querido enriquecerlas abriéndole y descubriéndole a la mente humana, al hombre, las infinitas riquezas de su vida íntima, que, de otra manera, naturalmente, no hubiese podido conseguir. Por tanto, no es empobrecimiento de ninguna manera, esta renuncia íntima profunda y dolorosa de la fe, sino que es el mayor enriquecimiento que puede darse de la persona humana. Para que verdaderamente se dé este enriquecimiento hay que tener en la vida de fe un sentido profundamente grabado de la humildad. Sabemos de sobra que si algo hay que pueda apartarnos de la fe ha de ser una postura soberbia en sus múltiples manifestaciones: por ejemplo, una soberbia ateaística, tan normal y tan corriente.

¿Por qué niega el hombre a Dios en una soberbia ateaística? Porque en su interior se tiene a sí mismo por Dios. Puede darse también una soberbia naturalista, el pecado racionalista: el hombre vale tanto, su inteligencia vale tanto que tiene que demostrar todo y todo aquello que él no vea de un modo clarísimo por su propia razón, eso no vale, eso se niega. Puede darse, también, una soberbia de la vida, una soberbia del éxito en la vida si algo puede ser un signo de la evolución social de nuestro tiempo, es precisamente el avance de la ciencia, de la técnica, del éxito de la inteligencia humana. *Esta soberbia de la vida puede ser, naturalmente, un gran inconveniente para la vida de la fe y para el acto de la fe;* puede darse también una soberbia farisaica: la no renuncia a una posición honorífica. Jesucristo, precisamente, reprocha a los fariseos que no creen porque tendrían que hacerse de maestros, discípulos y para ellos lo principal era que eran maestros de la Ley. Para llevar esta adhesión de nuestra voluntad a la fe, esta adhesión ha de ser verdaderamente sentida, y no algo que no tenga sentido en nuestra vida, que no sea una palabrería, la actitud. La actitud nuestra ha de ser una actitud de humildad, también de confianza en Dios, porque al fin y al cabo, cuando el hombre ha llegado al límite de su capacidad natural ha de dar un salto movido por la gracia de Dios. Pero un salto que es una entrega, una

confianza y un decir. Creo esto porque tú me lo dices, aunque yo en muchos casos no puedo, naturalmente, comprender nada. He dicho antes, que estos análisis del acto de fe en abstracto, en teoría no me parecen convenientes dejarlos así, sin hacer referencia a la fe en el sentido vital, en el sentido de que la fe es un acto religioso interno, subjetivo. Nadie ve si yo en mi interior tengo fe o no, pero no se puede quedar ahí la fe, y menos en nuestros días.

La fe es una tarea a realizar, una tarea a realizar, ¿dónde? y ¿cuándo?, ¿en momentos muy difíciles en la vida?, ¿en momentos en los que haya que atestiguar nuestra fe, como la tuvieron que atestiguar en determinados momentos los mártires? No, a lo mejor si esperamos ese momento, nunca va a llegar. La fe es algo que tenemos que atestiguar en la vida diaria, es una tarea a cumplir. En este aspecto la voluntad y la libertad del hombre tienen una influencia, no diré, superior a la estructura teórica del acto de fe, pero imprescindible.

Sabemos de sobra, que sin que aceptemos toda la moderna teoría del existencialismo, por ejemplo, si nos aportan alguna verdad, respecto a lo que es la libertad y el hombre es libertad, el hombre va elaborando su vida, va elaborando, en cierto sentido, su esencia; el hombre es en algo, en algún sentido, es proyecto, y ese proyecto lo tiene que ir elaborando mediante la actuación de su voluntad libre. Esa idea a mí me parece positiva; el proyecto de nuestra vida de cristianos, es vivir como cristianos, es vivir admitidos en nuestra vida religiosa y en la realización de este proyecto, de doblegar nuestra vida diaria a esas exigencias de la fe, yo veo una influencia imprescindible, sin ella no podría darse la voluntad libre del hombre. Esta fe en nuestra vida diaria, aplicada a nuestra vida diaria, es la de que ha de hacer por otro lado, que lleguemos a dar el verdadero testimonio de cristianos. La palabra testimonio la usamos mucho hoy, sólo así podremos verdaderamente los cristianos convencernos del poder de vida contenido en nuestra fe y en el cristianismo, si la vivimos, si tenemos esa violencia, ese esfuerzo constante de nuestra voluntad, de ir adaptando nuestra vida día a día en lo diario a las exigencias de nuestra fe.

El creyente debe ser un hombre en quien se pueda ver en su existencia todos los días la encarnación de toda esa realidad o postura de la fe; naturalmente, cada uno dentro de su profesión, cada uno en los momentos de su vida. Nadie mejor que él sabe cómo tiene que hacer esta aplicación de su vida, este doblegar su vida de un modo amoroso, con una aceptación de entusiasmo a las exigencias de la fe.

La Fe y la Iglesia

El tema de hoy en el Círculo es la Fe y la Iglesia. Hasta ahora, en los Círculos anteriores que yo los voy siguiendo —ya que no puedo venir muchos días— a través del BOLETÍN, habéis ido examinando lo que es la fe y lo que no es la fe. La fe en sí misma, creo que esto, poco más o menos, ha sido el centro de casi todas las conferencias que se han dado en el Círculo. Sabemos que la fe, en definitiva, no es un mero conocimiento intelectual, a la vez, más elevado del hombre sobre Dios, ni es un mero fruto del pensamiento del hombre, ni es una mera actitud religiosa, ni es un simple fervor, ni es un sentimiento, en definitiva, *la fe es una respuesta, una adhesión a una llamada, una fuerza atractiva de Dios al hombre.*

Existe esta llamada, existe esta convocatoria de Dios a los hombres y existe una respuesta de adhesión viva de esta llamada, que es una llamada hecha con fuerza de Dios a los hombres. Cuando me dijo nuestro secretario, que hablase de la fe y la Iglesia, él me dijo, en realidad, que hablase de la fe en la Iglesia, yo, sin embargo, le rectifiqué un poquito porque me pareció más fácil, en primer término, y menos comprometido decir la fe y la Iglesia, y luego ya veríamos qué entraba en ello y también porque, efectivamente, creo que puede ser interesante el intentarlo con todas las limitaciones, que comprenderéis, yo tengo para ello, pero que, con toda mi mejor buena voluntad y disciplina hacia el que me lo ha pedido, intentar un comentario sobre el contenido de la fe. Sería algo así como intentar describir, dejándose muchísimas cosas, subrayando, por supuesto aquello que quizá hay que subrayar más en nuestro tiempo. Intentar, digo, el contenido de la fe en la Iglesia; quizá, si luego tuviésemos tiempo, podríamos hacer alguna pequeña glosa a la fidelidad a la Iglesia.

LA FE, ADHESION COMUNITARIA DE LA IGLESIA

La fe de la Iglesia. ¿A qué nos adherimos por nuestra fe? Si ustedes se fijan, la fe de la Iglesia constituye una adhesión comunitaria de la Iglesia fundamentalmente a una historia. A mí esto me ha hecho siempre meditar cuando muchas veces intentamos asentar nuestra fe en planteamientos o razonamientos fundamentalmente intelectuales. Probar la existencia de Dios, probar con un planteamiento o arranques filosóficos, etc., siempre me ha impresionado, o me ha llamado la atención, o ha sido objeto de mi reflexión el que realmente la Iglesia lo que cree es una historia. Lo que la Iglesia nos propone en el Credo es una especie de pequeña canta magna de nuestra fe, a la cual tenemos que adherirnos y lo que nos hace repetir, una vez y otra, es fundamentalmente una historia, una historia de seres vivos, una historia de cosas reales, y además, enunciada con un estilo, con un sentido de historicidad. Ir repasando el credo: "Creo en un solo Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible; creo en el origen, creo en la creación, creo en un solo Señor Jesucristo." Cronológicamente, ya es un hecho y un ser vivo, que surge posteriormente en este planteamiento casi cronológico. Engendrado —planteamiento histórico—, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por causa del cual fue todo hecho, que tomó carne de María la Virgen, se hizo hombre y por nuestra causa padeció. Este sentido de creer en una historia está impregnando, por ejemplo, las cosas fundamentales de nuestra fe. La misa misma tiene mucho de sentido histórico en sus planteamientos. Las lecturas de las Epístolas de los Evangelios, el centro de la Misa, la Consagración, está hecho con

palabras, que lo que están es rememorando un hecho histórico. Nosotros creemos en la verdad histórica de un hecho, el "Padre Nuestro" mismo, las oraciones, lo que llamamos oraciones, o los símbolos de nuestra fe, que son centrales de la fe católica, están impregnadas todas ellas de historicidad y de nuestra adhesión a unas verdades que, fundamentalmente, lo que son es más que, una verdad filosófica o intelectual, una verdad histórica. Luego vendrá el problema de que es una verdad razonable: ése es otro problema que no hace falta entrar en él radicalmente. Los que son realmente es la adhesión, la creencia en una historia, que es verdadera. Una historia que es verdadera y cuyo centro es Cristo, por supuesto, pero a su vez, un hecho histórico, en la vida misma de Cristo, es Cristo muerto y resucitado; el hecho de la Resurrección es aquel que le hacía decir a San Pablo que si Cristo no había resucitado, la fe, su fe, la fe de la Iglesia, era una fe vana. Creo, por tanto, en una historia, con pretensión de ser historia verdadera, y en la cual determinado tipo de hechos, que son, además, decisivos dentro de la historia, porque son los que testimonian, fundamentalmente, la verdad de una historia que en sí misma, en cierto sentido, es insólita e increíble, desde la mera perspectiva humana. Cristo muerto y resucitado. Si hemos de ser sinceros, hay que decir que esta historia, que es en la que *creo la Iglesia, constituye el contenido fundamental de la fe*. Esta historia ofrece muy grandes dificultades al hombre de hoy, que todos, de alguna forma, las hemos sentido en nuestra vida; que las siente la juventud, que las siente el maduro, que las siente incluso el que está dentro de la Iglesia. Está tropezando constantemente con dificultades que se le están planteando desde fuera de la Iglesia; pero como vivimos inmersos en el mundo, las dificultades van surgiendo y tenemos que enfrentarnos con ellas; constituyen una forma de muro. ¿Qué dificultades son éstas? Yo, por lo pronto, señalaría ésta: la primera es que esta historia en la que creemos fue relatada a los hombres, y es relatada y sigue siéndolo en parte con un genio literario, en función de unos conceptos y de unos saberes culturales del pueblo de Israel. Concretamente, y a su vez, todos estos conceptos y saberes del pueblo de Israel —en el cual se desarrolló el germen fundamental del planteamiento de la historia— son interpretados. En cada momento histórico, a la luz del saber cultural, dominante en cada cultura. De manera que hay que hacer un doble esfuerzo de comprensión, que constantemente lo estamos haciendo. Cuando intentamos interpretar el género literario de la Sagrada Escritura, etc., hay que hacer un doble esfuerzo de comprensión: el del género literario y el saber cultural del mundo en que la historia realmente germinó, y apareció, y se manifestó, y a su vez, el de acercarse a ese planteamiento desde la cultura cambiante y desde los conceptos cambiantes, en que culturalmente están sumergidas las generaciones, y nosotros concretamente en este momento. La cosa la hace más difícil todavía nuestro mundo desde el momento en que se planetiza y se universaliza la cultura, y entonces se produce el choque de esta historia con aquel planteamiento y, a su vez, por parte nuestra, este choque con todos los planteamientos culturales, religiosos, etc. No es de extrañar que aquellos que no están muy metidos en la vida de la Iglesia, estén tropezando con una gran dificultad para acercarse de alguna manera a la Iglesia.

Por otra parte, hasta hace muy poco tiempo existía un elemento que, de alguna forma facilitaba —digamos así— la aceptación de esta historia, con pretensión de verdadera, pero con tantos elementos insólitos, como digo, tiene, y es que toda la humanidad, hasta hace relativamente poco —salvo minorías muy contadas, muy reducidas y enmarcadas en determinados círculos—, aceptaban algo como indiscutido, que era el misterio, o sea, el misterio era algo hasta hace poco realmente aceptado por la mayor parte de la humanidad. Sin embargo, incluso *hoy día*, el ignorante, incluso los sectores o los estamentos de la sociedad que tengan menos cultura van aceptando menos la posibilidad del misterio, de lo misterioso. Repele lo misterioso, repele lo que no se puede presentar racionalmente por las vías de conocimiento, a las cuales estamos acostumbrados en todos los demás planteamientos de la cultura. Es decir, yo creo, por ejemplo, que tenemos muy desarrolladas la teología del pecado y de la redención, y que tenemos muy poco desarrollada la teología de las realidades terrestres; ahora se tiene que plantear la teología de las realidades terrestres, de manera que este equilibrio supone una dificultad en el mundo de hoy, para aceptar esta historia.

Esbozamos rápidamente la historia hasta que lleguemos a hablar de la fe en la Iglesia. Podemos quizá esquematizarla y perdonar los grandes brochazos y todo lo que se vaya quedando en la cuneta del itinerario. ¿Cuál es el arranque de la historia del contenido de la fe de la Iglesia? El arranque está en alguien que, antes de que el mundo fuera, ya era El. En el principio era el Verbo; el Verbo es el primogénito de toda criatura; en El todo ha sido creado. El cristianismo, fundamentalmente, se ha dicho, no consiste en creer en algo, consiste en creer en alguien. Por lo pronto, hay que creer en este Alguien que es el arranque y en el principio de la historia, que estaba antes del mundo, que antes de que el mundo fuera, ya era El, en el principio: era el Verbo.

HISTORIA DE SALVACION

La historia sigue, en el lugar de presencia o de la presencia de la acción del Verbo. La creación, lo segundo; digamos así que nos encontramos en el Credo: "Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra..." La historia sigue, ya en el lugar de presencia de la acción del Verbo; sigue en la creación y una creación que, desde el punto de vista de la fe de la Iglesia, no es pura immanencia de Dios. Dios es trascendente a esta creación, aunque la penetra, aunque la anime y la vivifique. Es distinto y separado, es el lugar de presencia, y la acción del Verbo trascendente a ella le pertenece, y el Verbo está presente en ella, en el cosmos, en esta creación que no es propiamente una ostentación del poder de Dios, sino que es una iniciativa del amor de Dios, y es fundamental verlo así, no verla como una mera ostentación de poder, porque todo el sentido posterior de la historia es la consecuencia de no

ser una mera ostentación del poder, que nos llevaría a una relación de Dios-hombre completamente distinta, pues las relaciones de amor hay que verlas como un acto de iniciativa de amor, no de ostentación de poder: el misterioso amor del Dios trinitario. El Padre, al crear, no busca una ostentación, busca una comunicación y una comunicación, del uno a los muchos, para hacer de los muchos un uno con El. En esta creación acontece una historia dramática: lo que llamamos la historia de la salvación. Esta historia de la salvación, por de pronto, podríamos decir que tiene dos grandes etapas; y aquí enlazamos con dos grandes temas: primero, la creación en esta historia no es un acto que culmine en una creación acabada, es creación desde el principio, pues no se trata de llegar, desde el principio, a lo creado, sino que se trata de una creación en desarrollo, en despliegue; en un doble proceso de fermentación evolutiva digamos así. Aquí es donde están hoy día todos los planteamientos de la teología; yo diría que algunos de estos planteamientos no pasan actualmente de ser meras hipótesis, hipótesis fundadas, pero no podemos decir que todas estas interpretaciones son hoy día totalmente indiscutibles. Sin embargo, por aquí va la explicación de esta historia; un doble proceso de fermentación evolutiva, animada, impulsada, atraída y reconducida hacia sí por el Verbo.

En esta iniciativa del amor del Padre, con un ansia de comunicación, hay un poder atractivo de todas las cosas, de todas las criaturas, para ser recapituladas otra vez en el Verbo hacia sí. El proceso, digamos, es así, doble: dos grandes líneas en la creación; primero, un proceso de evolución de la materia misma, que va de la materia inerte e inorgánica a la materia orgánica, en sucesivos grados de complejidad, hasta llegar al hombre; y otro segundo gran proceso, que podríamos llamarle el proceso de espiritualización de la materia, que germina en Cristo, florece en Cristo a través y por medio del hombre. A éste es al que afecta, fundamentalmente, que es la historia de la humanidad. En todo este drama o historia de la salvación existe una paulatina penetración del Verbo, en esa fermentación del cosmos, a través del hombre, recapitulándose hacia Dios, una especie de proceso de divinización del hombre, mediante una progresiva intimidad, entre el hombre y Dios, por dos vías: una vía, de conocimiento inteligente por parte del hombre y el Verbo, y una vía, de comunicación vital, entre Dios y el hombre. Así se va produciendo la expansión y crecimiento en la tierra del reino de Dios o reino de los cielos. La fermentación caritativa, por virtud de esta divina energía, una nueva energía. Pero las que no son aludidas habitualmente sin energía amorosa de Dios, actuando sobre el hombre.

Este proceso es el que se refiere precisamente a lo que llamamos historia de la salvación. Propiamente podríamos decir que aunque nosotros distinguimos entre Historia Sagrada e Historia Profana, ésta es una dualidad que en lo más profundo de las cosas no existe. Toda la historia es historia sagrada; no pasa la distinción entre historia sagrada e historia profana, de lo parencial de la historia: el origen, la trama y el fin de la historia son un origen, una trama y un fin religioso. Dios no crea primero por crear, y decide después dar un aspecto de la creación, una dimensión religiosa, en la historia, no existen dos planos, como en Dios no hay dos planos. Dios crea desde el principio para salvar, y todo lo creado, en todas sus dimensiones, es creado para ser salvado, para ser atraído hacia el amor del Padre, y nada de lo que ocurre, tanto en el plano consciente como en el inconsciente, ocurre sin relación, con este único plan. La dimensión que todo lo trasciende por caminos, muchas veces impalpables, es una dimensión religiosa. Toda la historia es, pues, un proceso en la que personas libres se encuentran como coprotagonistas de un plan de Dios: la comunión con el Padre no ha de establecerse propiamente por vía individual. Dios, realmente, no quiere entrar en comunión con una humanidad hecha de individuos aislados, con cada hombre uno por uno, sino que Dios quiere entrar en comunión, con una comunión de hombres. Con esto enlazamos después con la idea del pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, etc. La "Lumen Gentium" y la "Gentes" dicen: "Quiso, sin embargo, Dios salvar y santificar a los hombres, no uno por uno, sin conexión alguna entre sí, sino hacer de ellos un pueblo. Las fases de espiritualización del mundo, llamémoslo así, en que el Verbo ve fermentado espiritualmente, de modo lento y progresivo, la creación, atrayéndola hacia sí a través del único ser inteligente y libre de la creación, que es el hombre, la realiza mediante un proceso dialogante.

Recordaréis, en la "Ecclesiam Suam", cómo iba hablando el Papa Pablo VI de este proceso dialogante de promoción humano-divina, en que Dios se da a conocer a los hombres y se comunica a ellos, pero lo va haciendo de tal manera, que trabajamos también que ir descubriendo y realizando su colaboración activa, consciente y libre, en la obra de la creación. Podía haberse manifestado de alguna manera arrolladora, avasalladora y tumbativa, desde el primer instante, y no hubiese habido más que una actitud pasiva del hombre al que no le quedaba más que, inevitablemente, adherirse a algo que no admitía posible participación más que esta cooperación del hombre en la labor creativa trabajosa, en el conocimiento de Dios y en la comunicación con Dios. Es lo que de alguna forma es una limitación, pero al mismo tiempo una gloria, lo que le hace al hombre más imagen y semejanza de Dios. Así vemos entonces distintas formas de conocimiento y de comunicación del hombre con Dios; desde las formas más elementales a las formas más íntimas. Pensad, por ejemplo, en los pueblos paganos o en el hombre primitivo, o en determinados tipos de hombre primitivo. No me voy a meter en un problema que no sabría salir de él pero, en fin, vamos a irnos hacia el pueblo pagano, hacia los pueblos paganos, y vayamos a las formas elementales de darse a conocer Dios a los hombres y de comunicarse con los hombres. Por lo pronto, Dios da a conocer a todo hombre su mera existencia, no le dará a conocer su esencia a través de signos exteriores, pero su existencia, esto se lo da a conocer a todos los hombres. A través de la obra de la creación, y por vía de comunicación le hace sentir a todo hombre su presencia silenciosa, como consecuencia de esta exis-

tencia, aunque no esencia, lo cual no quita para que el hombre pueda llegar, por su propia razón, a conocer ciertos rasgos auténticos de Dios. *Dios da a conocer su existencia y comunica su presencia real*, entonces, a través de la creación y acontecimientos, pasan a ser como la señal, señales de Dios, signos visibles de un Dios invisible que sabemos que existe. Pero no profundicemos en lo que es por la gracia actual, porque sabemos que Dios ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

GERMEN DE DIOS, GERMEN DE GRACIA

Esto quiere decir que hay un germen de Dios en todo hombre. Aun en un mundo de ateos, tiene una ventaja, desde el punto de vista de nuestra fe, la predicación de la Iglesia, que es que aquel ateo tiene dentro un germen que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; tiene un germen de gracia, y, por lo tanto, Dios le está llamando y al mismo tiempo está dentro de ese hombre, ayudándole a responder a su propia llamada. Es una especie de pequeña trampa divina o gran trampa divina, y todo hombre tiene la conciencia moral, como guía íntima de conducta hacia la felicidad eterna. Es una especie de radar que todo hombre tiene para no desviarse demasiado, o por lo menos para no caer en la pura animalidad, formas elementales de darse a conocer y de comunicarse del hombre con Dios. Pero sabemos que Dios se ha dado a conocer más claramente, se ha comunicado con más claridad también en otra segunda etapa, digamos así, a los hombres. Hay un pueblo al que Dios se da a conocer por revelación, a través de los profetas, el pueblo judío; entonces, a través del pueblo judío, el hombre llega al conocimiento no sólo de la mera existencia de Dios, sino de algunos aspectos ontológicos de la esencia de Dios, algunos a los cuales podríamos llegar por vía racional, y a otros a los cuales no hubiese podido llegarse si no es por revelación. Aquí es donde la fe empieza a entrar más fundamentalmente. Dios es único, Dios es santo, Dios es trascendente, Dios es personal, Dios es majestuoso y Dios se comunica a través de una presencia viva y personal, no sólo se comunica por signos inanimados o signos visibles, pero, en definitiva, no vivos y personales, sino a través de una presencia viva y personal, mediante los profetas, y guía la conducta del hombre hacia la felicidad, ya no solamente con este radar de la propia conciencia, que puede desviarse con relativa facilidad al estar inmerso el hombre en las cosas temporales y solicitado por tantas cosas, sino que le revela claramente. La ley moral del amor, del amor a Dios y del amor al prójimo no será todavía la culminación de la ley del amor en la forma en que la expresa a través de Cristo o en Cristo, pero sí, indudablemente, es una revelación de la ley moral del amor de Dios. Tercera forma, avanzando más, Dios va se da a conocer y se comunica, se despliega por teofanía, por presencia personal, es una presencia personal y viva de Cristo vivo, muerto, resucitado para siempre. En la historia, ya existirá un hombre, en el seno de Dios, y Dios penetrará por la gracia en la intimidad de los hombres. Pasamos al cumplimiento y a la comunicación íntima: el hombre llega al conocimiento no sólo de la mera existencia de Dios y algunos aspectos ontológicos de su esencia, sino incluso íntimos de la vida divina, de la vida trinitaria. *Jamás hubiera podido llegar a conocer el hombre la vida íntima de Dios, la vida trinitaria, si no le hubiese sido revelada con la fe.* Algo que por sí mismo no había llegado a conocer. Conocer que Dios es amor, esencialmente amor, y conoce que Dios es Padre. Es decir, a nosotros nos parece insólito que esto fuese un descubrimiento, porque, ¿qué otra cosa podía ser el Padre?, y, sin embargo, sabemos que era Juez y que era Señor, pero no era Padre, y esto es un descubrimiento revelado por Cristo: llamarle Padre. Dios se comunica al hombre no sólo por presencia viva y personal y dándole la norma que dirija la conducta moral, sino avanzando más, compenetrándose con la misma naturaleza humana, agregándole algo a la naturaleza humana que no podía tener por sí misma.

Cristo, así, no es un fenómeno marginal en la historia. Toda la historia precedente es una convergencia hacia Cristo, y toda la historia subsiguiente es una convergencia en El. Cristo no es una realidad religiosa, si por religioso se entiende nada más una de las dimensiones del hombre, erróneamente, claro está, sino una realidad humana. Cristo es el centro de la historia y no propiamente un centro cronológico, sino un centro óptico vital, que atrae hacia sí toda la creación.

Esta sería, en sus líneas generales, y dejando muchísimas cosas, como he dicho, en la cuneta, lo que a mí me parece una primera parte importante de lo que es la fe de la Iglesia. He introducido algunas hipótesis —digamos así— que no creo que formen, hoy por hoy, todavía parte de la fe de la Iglesia, pero, por ahí va, la formulación de lo que es el contenido de la fe de la Iglesia. Pero eso no es la propia fe de la Iglesia, que contiene algo más, que es la propia fe en la Iglesia, en la misma Iglesia, única y verdadera, santa, católica y apostólica. Porque Dios se aleja físicamente, y entonces se corta la revelación en el sentido en que hasta El se puede hablar de revelación, y se da a conocer y se comunica al hombre, que es la prolongación de su presencia real en un cuerpo misterioso, que invade la tierra, y la creación, que atrae también la humanidad hacia sí, hacia Cristo, y que puede llegar así al ofrecimiento a Dios en un holocausto inteligente y libre de la creación, a través de una criatura a imagen y semejanza de Dios. ¿Que cree la Iglesia de sí misma? Pues, por lo pronto, cree en lo que ella es, y nosotros, cuando nos adherimos en nuestra fe a la Iglesia, nos adherimos también a esta fe en la Iglesia, en lo que la Iglesia es, y lo que es la misión de la Iglesia y en cómo tiene que desarrollarse esta fe de la Iglesia. La Iglesia, por lo pronto, cree de sí misma que, aunque es una Iglesia de hombres integrada por pastores y por fieles, no es, sin embargo, una mera sociedad humana, no es una sociedad humana en el sentido en que lo son todas las demás sociedades humanas, con un cuerpo moral, con vínculos entre sus miembros, puramente socioculturales, o con vínculos puramente jurídicos. Nosotros ya sabemos que es esto y, sin embargo, vital-

mente nos cuesta mucho superar en nuestras formas de reaccionar, nos cuesta mucho no vivir la Iglesia, nos cuesta mucho a muchos cristianos. Esto es un problema personal de cada uno, pero creo que colectivamente se puede hablar del problema, nos cuesta mucho no vivir la Iglesia como una mera sociedad humana, porque también es una sociedad humana, y como lo que estamos acostumbrados a vivir, desde el punto de vista asociativo, son sociedades humanas y a estar insertos en clubs y en sociedades y en entes, se nos va por inercia la forma de vivir nuestros vínculos, a vivir en la Iglesia, con estilos, talentos y modos que no son propiamente los esenciales y fundamentales de la naturaleza de la Iglesia, aunque también existen en la Iglesia, porque, como digo, es Iglesia de hombres, y hay vínculos jurídicos, etc., ¿qué cree entonces la Iglesia de sí misma.

Perdonad que diga cosas que todos más o menos sabemos, pero yo estoy desarrollando lo que creo que es el tema; por lo pronto, cree que es una realidad social, cree que es una realidad humana, pero cree que es una realidad humano-divina; la Iglesia cree de sí misma que está penetrada por la divinidad y que está presente en ella la divinidad. La Iglesia cree de sí misma que es una realidad viva, pero en un sentido digamos así biológico, no de seres vivos individuales, sino como una vida global de conjunto, que está atravesada toda ella por una corriente vital, también en este sentido biológico, que une y vivifica a todos los miembros, y aquí vienen todas las metáforas, con las cuales se expresa lo que es la Iglesia; es el pueblo de Dios, la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, en que todos los miembros son miembros vivos, porque no se parte de la base de que sean miembros pasivos, sino miembros vivos, con vida insertada en el cuerpo, pero con vida personal. La Iglesia es la familia de los hijos de Dios.

Cada una de estas metáforas va suscitando la idea de esta organicidad, de esta vitalidad, de esta corriente vital, que nos une a todos los que estamos aquí, a todos los que pertenecen a la Iglesia. al pueblo de Dios, el Cuerpo Místico de Cristo, la familia de los hijos de Dios, la vida alimentada por los sarmientos, y constituyendo todos la vidia, la esposa unida y fecundada por Cristo. Cristo entonces es el Rey, es la Cabeza del Cuerpo Místico, es la Cabeza de esta familia, es el primero, es la vidia; nosotros somos los sarmientos.

LA IGLESIA, SIEMPRE ACTUALIZADA Y REJUVENECIDA

Pascal explica, y es interesante leerlo, porque es una cita muy bella, el cómo concibe esta naturaleza de miembro del Cuerpo vivo del cristiano en la Iglesia. Pascal escribe: ser miembro es no tener vida, ser y movimiento, más que por espíritu del cuerpo y para el cuerpo, el miembro separado que no ve el cuerpo a que pertenece, no tiene más que una existencia precedera y moribunda. Un cristiano individualista le lleva a uno a no ver el cuerpo a que pertenece y llevar entonces, en cierto sentido, posiblemente una vida precedera y moribunda. Sin embargo, el miembro, como decimos, cree ser en todo, y al no ver, en absoluto, el cuerpo de que depende, cree que no depende más que de sí mismo y quiere convertirse asimismo en centro y cuerpo, pero al no tener en sí mismo principio alguno de vida, el miembro no hace más que desviarse y se extraña en la incertidumbre de su ser, percibiendo que no es cuerpo y, sin embargo no viendo que es miembro de un cuerpo.

Por último, cuando llega a conocerse, es como si volviera en sí y, en adelante, ya no se habla más que para el cuerpo, y llora sus desvíos pasados. El miembro no podría, por su naturaleza, amar otra cosa, a no ser para sí mismo, y para adueñarse de ella, porque cada ser se ama a sí mismo más que todo, pero al amar al cuerpo se ama a sí mismo, porque no tiene ser más que en El, por El y para El. El cuerpo ama la mano, y la mano, si tuviera una voluntad, debería amarse a sí misma, del mismo modo que el alma la ama. Todo amor que vaya más allá es injusto, y termina, uno se ama porque es miembro de Jesucristo; se ama a Jesucristo porque El es el Cuerpo del que uno es miembro, todo es uno, el uno está en el otro, como las tres personas. Pero la Iglesia, además de creer todo eso de sí misma, tiene conciencia de cuál es su misión, cree en una misión que tiene; luego viene el problema de que nosotros nos adheramos a todo ello.

La Iglesia cree en una misión, cree que se ha basado en la revelación y la Iglesia, animada por el Espíritu Santo, queda en la historia constantemente actualizada y rejuvenecida por el correr de las generaciones, como varias cosas: primero, como única depositaria y fermento de la continuidad expansiva y creciente del Reino de Dios. La conciencia de que es primero depositaria, pero no meramente depositaria, es al mismo tiempo administradora, tiene obligación de desarrollar el depósito de la fe, que tiene obligación de desarrollar de una forma homogénea el dogma de la fe, al compás en que se desarrollan todo el resto del conocimiento humano, porque si se producen tales desequilibrios que hacen vacilar a la fe cuando hablamos antes del tema de la evolución. Entonces la Iglesia es depositaria del dogma, pero tiene obligación de desarrollar el dogma, teológicamente, por supuesto, y tendrá que desarrollarlo aunque no tuviese un incentivo, digamos así, interno, pero mucho más si tiene el incentivo externo de que el resto de la cultura, el hombre la va despegando, la va desarrollando y, entonces, resulta, que se produce un crecimiento en otras ramas del conocimiento, que no se produce, a su vez, en el conocimiento de este germen que tenemos en la Iglesia. Entonces como pueblo de Dios, a su vez, es depositaria y administradora en las fuentes de comunicación de la vida divina. Depositaria y administradora de la vida sacramental, transformativa de la vida humana. A su vez, como pueblo de Dios, es fermento de la continuación expansiva y creciente del reino de Dios. Es el germen del Cristo total multiplicando los miembros hasta la hora final. Como Esposa de Cristo es la madre fecunda, que asegura la generación de la gran familia de los hijos de Dios, alumbrando incesantemente nuevos miembros en el espacio y en la historia. No sólo ha de engendrarlos a la vida divina sino que ha de

alimentarlos en la vida divina y ha de educarlos en el amor divino, que no es el más alto grado del amor humano, sino otro amor. Como modo de relación tiene que enseñarles a amar aquí en la tierra, en el amor de Dios, entrenarse diríamos en el amor de Dios para enseñarles a ser semilla de levadura, sal, granos de mostaza, para todos juntos comunitariamente, ser a su vez semillas, levaduras, sal, granos de mostaza del Reino de Dios, en expansión. La Iglesia es además de depositaria y administradora del mensaje de salvación de las fuentes de comunicación de la vida divina y fermento de la continuación de la expansión de la vida creciente del Reino de Dios, y Esposa de Cristo y madre fecunda de esta familia generadora de nuevos miembros, mediante el testimonio eclesial y comunitario del mensaje.

Pues bien, nosotros tenemos que sumergirnos en esa corriente comunitaria, aportando callada y humildemente la parte que nos corresponda, pero a la santidad de la Iglesia, sin preocupación de que lo que resplandezca sea nuestra propia personal santidad. O sea que habrá que dar el testimonio personal, pero con esta conciencia de que lo importante no es mi testimonio personal, lo importante es la suma de todos los testimonios en testimonio comunitario, porque es la Iglesia la depositaria y administradora eclesial y comunitariamente del mensaje de Cristo y la levadura de la fermentación caritativa del mundo. Entonces es la Iglesia también, por supuesto, la acción de los cristianos, orientando el trabajo de los fieles en las civilizaciones y las culturas hacia Cristo, lo que facilita, a su vez, la generación de los nuevos miembros de Cristo, ya que, en definitiva, los hombres se educan, crecen y se socializan en culturas y, por tanto, la cultura puede ser una facilidad. La cultura y la civilización son facilidades o dificultades para la generación de nuevos miembros del Cuerpo de Cristo.

No voy a insistir en esta idea del testimonio comunitario, aunque ésta, desde luego, desde el principio en que el testimonio no es sólo de Pedro con los doce, con la comunidad... y por último y lo pongo en último lugar simplemente, porque quizá nosotros hemos crecido poniéndolo en el primero, la Iglesia ha de prepararnos a cada uno para que desemboquemos al final de nuestra vida personal en el conocimiento contemplativo y la relación íntima con Dios que, en definitiva, es la salvación de cada uno, pero cada uno se salva, salvando.

¿Cómo desarrolla la Iglesia esta misión? La Iglesia lleva a cabo esta misión evangelizadora a través de unas acciones comunitarias que llamamos acciones eclesiales y que son las que tienden al cumplimiento de su misión; la acción profética, la acción litúrgica y la acción caritativa. La acción profética por la que se transmite la palabra, es la Iglesia y su verdad. La acción litúrgica y sacramental es el sacrificio que la Iglesia transmite a la vida, la acción caritativa que proclama y crea la unidad caritativa de Cristo con los hombres, con la puesta en común de la fe de las voluntades de los bienes —digamos así—, esta es la Iglesia. La Iglesia será verdaderamente signo y sacramento de Cristo, signo e instrumento para llevar a los hombres a Cristo mal realizadas estas acciones en la Iglesia, no me atrevería a decir la Iglesia, los cristianos serían contratesimonio y contrasigno de aquéllo, que tenían que ser, precisamente, testimonio y signo. Estamos hechos a una concepción minimalista

e individualista de la salvación, salvarse es no condenarse, salvarse es gozar de Dios en el Cielo, esto, sin embargo, es una pobre e individualista concepción de la salvación porque salvación es uno de los términos más ricos y más complejos, salvación es comunión con Dios en un paroxismo de amor. Es participación en la plenitud de los bienes mesiánicos; es vida, vida fecunda y activa, es encontrarse y realizarse en una Persona, con mayúscula, y no perderse en la contemplación aburrida de lo anónimo, y eso, desde ahora, en un anticipo germinal de la plenitud final, estamos salvados en esperanza; ser salvado es ser convocado a la comunión con Dios, en comunión con nosotros, o ser convocado a la comunión con los otros.

CONVOCATORIA DE SALVACION

En la comunión con Dios, salvar, significa salvar a los hijos dispersos, integrar a los hombres divididos, convocar a los que están cerca y a los que están lejos; salvar significa establecer la comunión donde antes terminaba la dispersión; hacer reinar el amor donde antes tiranizaba el egoísmo; implantar como única forma de existencia la comunicación donde antes lo agostaba todo la posesión avarienta y en la posesión avarienta podía estar hasta la avaricia religiosa, la no puesta de mí fe con los que no la tienen; quisiera Dios llamar a los hombres a participar de su vida, dice la "Lumen Gentium", no sólo individualmente sin conexión alguna entre ellos, sino formar con ellos un pueblo en el que sus hijos que estaban dispersos se congregasen en Él.

La Iglesia, es por tanto, signo y vehículo histórico sacramento del plan salvador de Dios; y como el plan salvador de Dios no conoce fronteras, la Iglesia debe ser un signo transparente, patente a todos, y un vehículo cercano y accesible a todo sacramento universal de salvación. La Iglesia es historia salvada para salvar a la humanidad convocada para convocar; multitud congregada para congregarse; carne divinizada para divinizar. Por ser la Iglesia en Cristo, señal e instrumento de la profunda unión con Dios, dice la "Lumen Gentium" y de la unidad de toda la humanidad, se propone, explicar su naturaleza y misión universales; este pueblo mesiánico es firmísimo en su comunión de unidad, esperanza y salvación, Cristo hizo de él una comunión de vida, de amor y de verdad, y a la vez, lo emplea como instrumento de redención y lo envía a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra. La Iglesia sólo es fiel si es signo transparente, instrumento dócil, comunidad abierta y dinamismo comunicativo universal. Somos salvados para salvar, sólo salvando somos salvados y quedaría un tercer punto, que no lo desarrollo, que sería el de la fidelidad nuestra a la Iglesia, para salvar al mundo, ahí habría que hablar de la misión personal, mi misión personal en el mundo, injertada en la misión de la Iglesia; mi historia personal, como parte o participación de la gran historia. Los miembros de la Iglesia, por tanto participando en la misión de la Iglesia, participando en la acción profética, participando en la acción litúrgica, participando en la acción caritativa y los seculares, muy singularmente, participando en la fermentación caritativa del mundo. Creo que no hace falta porque lo fundamental más o menos o bien o mal, pero con la mejor voluntad es lo que he dicho, y ahora si queréis, pues abramos el coloquio.

La Fe y el diálogo con los no creyentes

Voy a hablar de una cosa nada especializada y en forma nada especializada. Voy a hablar de la Fe, que es, creo, nuestro patrimonio común, e incluso en su proyección sobre los no creyentes, que es nuestra misión común. Y no voy a hablar en forma sistemática, Dios me libre, voy a decir unas cuantas cosas, las que hace pocas horas se me ha ocurrido que interesan más al mundo, en la esperanza de que no deje de interesarles también a ustedes: la Fe y el diálogo con los no creyentes.

Bien, partimos ya de la afirmación de que la revelación y la respuesta de fe que encuentra en nosotros, es como un diálogo entre el Señor y los hombres, y así lo presenta el Papa Pablo VI en su famosa Encíclica del Diálogo.

Y también es un diálogo el testimonio de la Fe que nosotros proyectamos sobre los no creyentes, esta especie de revelación de segundo grado, la revelación que nosotros hemos recibido y que a nuestra vez comunicamos a nuestros hermanos, algunos hombres. Quizá el carácter más específico de este diálogo consiste, por una parte, en que se trata de una relación entre la palabra, la manifestación amorosa de Dios y las necesidades profundas y los deseos de los hombres. No es una simple imposición, no es una simple comunicación sobre un vacío, hay una especie de alteridad, Dios ofrece, el hombre acoge, el hombre recibe.

Es también un diálogo en el sentido más profundo de la palabra, porque Dios mueve la libertad del hombre y la induce a un acto de obediencia y diálogo gozosa que ha de ser al mismo tiempo confianza, confianza plena, y docilidad incondicional.

ACTITUD ALEGRE Y HUMILDE DE COMUNICACION

Ahora, una vez asentadas estas características profundas del diálogo, me urge decir inmediatamente que esta tarde, a mí al menos, no me interesa hablar del diálogo, en cuanto es un método que se puede comparar con otros métodos. Bien saben todos, que a veces se contraponen el método diálogo que es coloquio con participación de ambas partes, y el método predicación y el método exposición. En el sentido profundo, interesante de la palabra, esta contraposición es superflua. También la predicación es un diálogo. Todo género de comunicación que hace la Iglesia a los hombres, es diálogo. En lo que el diálogo tiene de método, sólo me interesa dejar como soportes de las cosas que voy a apuntar, toscamente, torpemente, dos, que son muy sustanciales:

Primero, que afecta a la actitud del apóstol, a la actitud del creyente, que comunica el mensaje, la gran noticia, la revelación de Dios a los hermanos que todavía no la conocen; a los no creyentes.

Evidentemente lo que caracteriza a este apóstol, a cualquiera de nosotros creyentes que comunicamos nuestra fe, no es un gesto de superioridad docente, sino una actitud humilde y alegre de comunicación, de un don que nos trasciende, de un don que no merecemos, de un don que no corresponde a nuestra calidad intrínseca, a nuestros méritos, sino al contrario, de un don para el cual, acaso a veces, están mejor preparados los no creyentes que los que creemos, pero el don es Don de Dios y como tal con su superioridad y su autoridad lo ofrecemos. Es-

ta autoridad del don, que es la autoridad de Dios, no eleva ni un milímetro la altura del que interviene en el diálogo del apóstol y por eso la igualdad de plano parece ser uno de los requisitos de todo diálogo auténticamente humano, no se pierde, y

Segundo, este mismo apóstol, cuando se dirige al hombre, al hermano no creyente, por tanto practica en cualquiera de sus formas metódicas el diálogo, no se dirige a un puro vacío, a una pura receptibilidad, a una mera necesidad, se dirige a algo donde reconoce la presencia de valores, que a su vez proviene de Dios; por tanto, es como un evangelio que se dirige a otro evangelio o, según diremos más tarde recogiendo la terminología clásica, actualizada por el Concilio Vaticano II, es el Evangelio que se dirige a su propia preparación evangélica, ambas, preparación evangélica y anuncio del Evangelio, provienen del mismo Señor.

En todo caso en este diálogo para que la iniciativa corresponda al apóstol, es decir, al que tiene la fe, desde que Cristo aparece en el mundo, todos los que creemos en Cristo estamos obligados, tenemos como vocación inseparable de nuestra vocación cristiana, la de ser testigos de esta presencia. Es necesario que el mundo conozca a través de nosotros la presencia de Cristo en medio de él, es decir, que el Padre ha enviado a su Hijo, que en la historia hay un factor trascendente superhistórico, hay algo que no brota de la historia, hay un reino, hay una capacidad de salvación que no es de este mundo, en cuanto que viene de arriba, aunque esté insertada en este mundo y se desarrolle en él.

TESTIGOS DE CRISTO

Esto significa ya como punto inicial, punto de partida para cualquier consideración sobre el diálogo, a la luz de la fe, o como exigencia de la Fe, que nadie puede ser auténticamente creyente si no da testimonio manifiesto de Cristo, lo ha acentuado clarísimamente el Concilio Vaticano II sin escapatoria posible: donde no hay testimonio manifiesto de Cristo no hay apostolado y, donde no hay apostolado no hay una fe viva, operante, porque el apostolado es como la inundación, el desbordamiento de la misma fe. Por tanto, testimonio manifiesto. Es claro que este carácter manifiesto del testimonio no significa que siempre, en toda ocasión, pertinazmente, el testimonio se haya de expresar con palabras, con fórmulas, con alocuciones, puede expresarse, y tiene que expresarse, muchas veces, quizá la mayoría de las veces, con una manera de vivir que sea el resplandor de la propia fe, pero, por cualquiera de las vías, de lo que se trata es que el no creyente, el que está fuera, en la otra parte del diálogo, descubra en el creyente, en el apóstol, no al apóstol, a la persona del apóstol con sus cualidades, con su saber, con sus valores morales, iba a decir que casi es indiferente muchas veces que el apóstol tenga grandes valores morales o menos valores morales, puede ser un gran pecador, puede ser el máximo pecador, y sin embargo ser capaz de dar el máximo testimonio, porque la realidad del testimonio no está en el nivel moral, ni siquiera en el nivel humano del apóstol, aunque esto sea un requisito en virtud de la misma fe, sino que está en que a través del apóstol el otro descubra la presencia de Cristo, pueden descubrirla precisamente como el salvador de este pecador, que es el apóstol, en la medida que el apóstol manifestando su condición de pecador está remitiendo vitalmente al que le salva del pecado, le está dando testimonio manifiesto de Cristo. Por tanto, la manifestación, carácter manifiesto, ni consiste necesariamente siempre en palabras, ni consiste necesariamente siempre diríamos, en la eficacia de la transformación del mismo apóstol.

Y bien, frente a esta exigencia de que ante el no creyente, de una manera o de otra nuestra fe sea siempre testimonio manifiesto de Cristo, surge la tentación, la tentación que ahora es especialmente aguda, y no puedo ocultarlo porque a mí me preocupa especialmente, dramáticamente, la tentación de que nos lleva a una cierta inhibición en el anuncio de la fe por exagerar, precisamente, la suficiencia de esos valores divinos, que hemos dicho que hay que superar en la otra parte, en el no creyente, y que son no el mero vacío sino la preparación evangélica para acoger el Evangelio. La exaltación de la suficiencia de esta preparación evangélica, de estos valores divinos que suponemos que hay en todo hombre, por ser hombre, induce a muchos, es evidente, a una disminución en la acción misionera; es decir, en el testimonio manifiesto de Cristo a través de la irradiación social dialogante de su propia fe.

LA GRAN TENTACION HUMANISTICA

Bien, llamemos a esta inhibición, y así vengo a recaer siempre en una de mis máximas fundamentales, la gran tentación humanista contemporánea que tiene tres niveles: primero, inhibición por respeto exagerado a la libertad del hombre, al valor divino de la libertad por sí misma; segundo, inhibición porque se estima conveniente, por múltiples razones, que van desde el agnosticismo hasta el deseo de la unidad, reducir la acción predominante de la Iglesia y por tanto de los creyentes, de los miembros de la Iglesia a la promoción de los valores humanos de carácter histórico, es decir, a la promoción de los valores que son motor de acción o, si quieren, a la promoción de los valores que sin ser motor de acción, son expresión de aspiraciones. Por tanto, son reflejo de esta intimidad trascendente en virtud de la cual la persona se siente digna, se siente superior a su misma acción y a las posibilidades externas naturales o históricas sociales de esa acción.

Si la Iglesia se reduce principalmente a ser la promotora, una promotora entre otras muchas instituciones, entre otras muchas personas, de este desarrollo histórico de los

grandes valores que vienen de Dios, pero que son immanentes a la misma historia, tanto en forma de acción como en forma de aspiraciones, la Iglesia entonces tiene que relegar a segundo término, si no es que se la invita a prescindir de ellos, los valores específicos aquellos por los cuales Cristo es algo singular, es algo insustituible, es algo privilegiado en la historia, es algo que viene de arriba a abajo: los valores del Sacramento, los valores del Dogma, los valores de la oración, los valores de la comunicación directa con el Señor, en definitiva, los valores de la Fe, de la Esperanza, de la Caridad, en su sentido auténticamente sobrenatural.

Bien, a los que piden a la Iglesia, que es un poco todo eso que se llama cultura moderna, esta reducción al nivel común al patrimonio general de los valores históricos y valores humanos, no se les escapa que la Iglesia no puede contentarse con determinadas manifestaciones superficiales de sus valores que, como dice "La Gaudium et Spes", la constitución sobre la Iglesia en el mundo a la hora de las inquietudes, las aspiraciones, de las alegrías, de las tristezas, de los problemas múltiples y variables que constituyen la faz de la tierra, de la vida humana, la Iglesia tiene que invitar al hombre a entrar más adentro de sí mismo y a buscar sus raíces, es decir, a inquirir los interrogantes profundos, son aquellos que laten debajo de los que acaparan, muchas veces, el interés aparente de los hombres, los interrogantes sobre el sentido de la vida; sobre el sentido del dolor; sobre el sentido de la enfermedad, de la muerte; sobre el sentido final de la historia; sobre la desembocadura de todo este esfuerzo de construcción del mundo, que va acumulándose como una bola de nieve y parece que no tiene fin, etc.

Tercer nivel: hay una inhibición muchas veces en el anuncio de la fe, en el testimonio manifiesto de la fe, en el diálogo con los no creyentes, porque se supone, y es verdad en parte, que aunque la Iglesia deba afirmar el carácter absoluto, salvador de Cristo, por tanto de la fe, y no pueda permitir la reducción de la fe a los valores puramente históricos de la humanidad, debe, por otra parte creer que la presencia de Cristo se da con igual eficacia en los que no creen en Cristo, es decir, que a través de la actuación de estos valores humanos, los valores de la fraternidad, de la solidaridad, del esfuerzo, etc., etc., Cristo está presente, pues hay una fe viva.

IDEAL DE UNIFICACION

Bien, he dicho hace un momento que esta inhibición por el triple motivo del respeto a la libertad mal entendido, del interés por la asociación de la Iglesia, al esfuerzo, al patrimonio común de esfuerzos de la acción histórica y por la acción del cristianismo anónimo de la presencia de Cristo a los que no le conocen, de la fe implícita, esta inhibición se siente además estimulada de modo especial en la época moderna, nacida hace un siglo y medio o dos, por el anhelo incontrolable de unidad; espectáculo más impresionante quizá del mundo contemporáneo es que, por fin, el mundo se siente en vísperas de unificación, en todos los órdenes.

Ante este ideal de unificación la Iglesia con sus valores específicos parece un estorbo, Cristo es factor de división, es bandera de convenio.

El camino para muchos parece ser la reducción o un mínimo, a un común denominador. Bien, nosotros sabemos, y en esto quería venir a parar, que por la voluntad de Cristo, interpretada por la Iglesia, el reconocimiento de los valores de la libertad, el reconocimiento de los valores que llamamos históricos, humanos, esa presencia de Dios a través de los filósofos, de los poetas, de los artistas, de los artesanos y de la tarea humana cotidiana, etc.; el reconocimiento incluso de la presencia de Cristo en muchos hombres, porque Cristo vino a salvarlos a todos mientras no haya un rechazo, una oposición abierta; todos están en la órbita de su acción salvadora, consiguiente reconocimiento del cristianismo anónimo y de la fe implícita. Lejos de inducir a la Iglesia a una inhibición, a una disminución en la proposición de la fe, urge, por el contrario, a una intensificación de su acción misionera del testimonio de Cristo. En primer lugar, porque este triple reconocimiento sólo es posi-

ble en plenitud de esta materia, hablando en serio, no estas cosas bonitas que decimos de valores humanos, de la dignidad de la persona humana, etc. Hablando en serio solamente puede decirse desde la fe con seguridad y, fuera de la fe, se pueden decir con una intuición, con un anhelo, como algo que brota visceralmente del fondo del corazón, de las aspiraciones pero, difícilmente, se puede convertir en soporte en la construcción del mundo, que se sostenga, que tenga coherencia.

LA IGLESIA, SOLIDARIDAD CON TODO LO HUMANO

Es la Iglesia en definitiva la luz de Cristo, la que da consistencia a esas intuiciones, a esos balbuceos, a esas autoafirmaciones del valor divino de las cosas humanas de la marcha de la historia. Eso por una parte, pero por otra parte, es el testimonio de Cristo, como revelación del amor del Padre, lo que da sentido y lo que da respuesta a este cúmulo de aspiraciones.

Creo que aquí convendría con toda simplicidad trazar una línea divisoria. A veces se produce mucha confusión por esa exaltación a que acabo de referirme y de lo que he llamado valores de aspiraciones humanas, posiblemente humanas.

La Iglesia, naturalmente, compuesta por hombres, comparte sus aspiraciones y esas posibilidades, pero eso no la caracteriza porque para eso no haría falta la Iglesia. Lo vengo diciendo ya muchas veces, no sé si con escándalo: para eso lo mejor es que se callase Pablo VI y hablara U'than, que es el auténtico representante de una humanidad en vías de unificación.

Por lo tanto, la Iglesia si ha de conservar el sentido de su misión específica, tiene que acentuar sin negar, naturalmente, su solidaridad con todo lo humano, su carácter de respuesta. Hay una vertiente que es la de las aspiraciones, la de la búsqueda, la del tanteo, más o menos meritoria, todo lo meritoria que se quiera, maravilloso, positivo y hay una respuesta de Dios que se ha manifestado en Cristo, con todas las sombras que se quiera pero la única que hay; "Señor adónde hemos de ir —dijo San Pedro—. Sólo tú tienes palabras de vida eterna." Es la historia y que viene de Arriba, que no es de este mundo.

La Iglesia se caracteriza por ser la portadora de esta respuesta. Por tanto siempre que con el pretexto de solidarizarse con las aspiraciones omite dar la respuesta, traiciona su misión y, al decir la Iglesia, digo cualquier creyente, porque todo creyente participa en la misión común de la Iglesia. Este cristianismo anónimo, esa presencia de Cristo en los hombres que no le conocen que van planteando las obras, es para la Iglesia un estímulo porque si no la consideración de la masa de hombres que todavía están lejos del alcance de la Iglesia, sería para desesperarse. Saber que Cristo, que el espíritu sopla más allá de lo que alcanza nuestra mano, nuestra voz, es reconfortable; más aún, sabemos que esa fe implícita, que es el cristianismo anónimo, es suficiente, puede serlo en muchos hombres para su propia salvación. Pero esto no exime de ninguna manera a la Iglesia de cumplir su misión de dar una respuesta. Ella no puede ser uno más que tantea la sombra; ella tiene que ser una que da la respuesta con el humilde temblor del que también ha buscado, tanteado, pero con la firme seguridad del que ha recibido el don de Dios y tiene obligación de comunicarlo.

En virtud de esta misión de la Iglesia que tiene que hablar principalmente desde el lado de la respuesta, no desde el lado de la aspiración, que deba compartirla para poder inyectar la respuesta en la aspiración, la Iglesia en primer lugar, siempre que se acerca al hombre, cualquier hombre, no creyente en este caso, y reconoce en él eso que hemos llamado los valores humanos, y si son humanos es porque son divinos, si no no serían nada; está obligada, como nos ha recordado el Concilio, a referir esos valores a su fuente divina. Si la Iglesia o el creyente omite esta referencia, plantar esta flecha indicadora, está traicionando su misión, está dejando cumplir una posibilidad salvadora, iluminadora que está en sus manos. No basta afirmar con todos el valor divino de las cosas humanas, sino que hay que buscar la

fuerza en el Dios trascendente en el Dios sobrehumano que hace que el hombre pueda ser hombre.

CRISTO, FACTOR DE UNIDAD PLENA

La Iglesia, la Iglesia y el creyente, perdóneme que diga siempre la Iglesia porque quisiera embarcar a los creyentes en gran comunión que es la que nos da coherencia y valor, aparte de tener que referir siempre los valores humanos a su fuente de vida, aparte de sentirse urgida por el mismo reconocimiento de la fe implícita del Cristianismo anónimo a proponer a Cristo manifiestamente a la acción misionera; en tercer lugar y respondiendo a una obligación ya indicada sabe que el camino hacia la unidad no se logra por reducción a nivel ínfimo, a una plataforma común; esta es la gran tentación de un sector de la cultura moderna, pero es una tentación trágica, incluso experimentalmente falsa, la unidad se ha logrado siempre, cuando se ha logrado, por tensión ascensional, en todo caso por convergencia hacia un foco que no todos ven, que no todos pueden interpretar de igual manera; pero la convergencia está ahí y la Iglesia conoce adonde competen esas líneas, por lo mismo, aunque deba ser muy paciente en el descubrimiento por parte de los no creyentes de ese foco de convergencia no puede jamás de inhibirse, de mostrar, de apuntar hacia él, de empujar hacia arriba, es decir, que Cristo que aparentemente por su condición singular, por ser un momento privilegiado de la historia, por no ser confundible, ni mucho menos canjeable con un género de valores humanos, porque El los tenga todos, además de eso debe ser en su persona concreta este Cristo que aparentemente es causa de división, unos creen en El, otros no creen en El, etc., para la Iglesia es el único factor de auténtica unidad y así comienza, como saben, la constitución dogmática sobre la Iglesia, mueve al Concilio Vaticano II a hablar especialmente de la Iglesia el hecho de que el mundo está caminando hacia la unidad, intenta hacerlo, hay una serie de vínculos de unidad, carácter cultural, de carácter, incluso, moral, técnico, científico, etc. Ella sabe que la unidad plena y por tanto la unidad de verdad, sólo puede dar en Cristo. La unidad por arriba y no la unidad por abajo.

Bien, creo que muchas veces se ha dicho, quizá haría falta repetirlo, que esto es de comprobación experimental, cuando los hombres buscan la unidad por abajo, como hizo en ciertos momentos la ciencia evolucionista, la mala ciencia evolucionista, entonces no la encuentra sino en el nivel ínfimo de la biología, por no decir casi de la pura mecánica y, ciertamente, el espectáculo de ese nivel nunca ha sido consolador, no es un espectáculo de unidad sino famoso espectáculo de la lucha terrible por la vida, el espectáculo que ha llevado al ateísmo a millones de europeos, dicho sea entre paréntesis, porque es el espectáculo del mal.

Ahora bien, al mismo tiempo que la Iglesia tiene, que la Iglesia todo creyente, si no ha de traicionar a Cristo, que de eso se trata, y traicionarse a sí mismo, tiene que vivir de la convicción de que a la unidad se va, no por dimisión, sino por misión; no por descenso a un nivel a una supuesta plataforma común, sino por ascenso. Naturalmente, la Iglesia sabe que para ascender hay que partir del punto en que se está, por tanto el diálogo siempre por parte del que lo inicia, por parte del que lo acepta, un condenser o un descender, adonde sea; se puede subir desde todas partes, desde todos los niveles, desde todos los escalones, siempre que se entienda este descenso para subir desde él, no para instalarse en él.

DIALOGAR CON EL NO CREYENTE

Por último, el creyente puede dialogar con el no creyente, incluso a la luz del anhelo de unidad, que es uno de los factores determinantes de la espiritualidad moderna, por decirlo así, incluso en sus formas no creyentes, no cristianas. Porque saben que la fe, y todo lo que constituye el mundo explícito de la fe, no es un sistema cerrado, coherente, que pueda sustituir a otros sistemas de pensamiento o de técnica de construcción del mundo porque, si así fuese, como así creen muchos no creyentes que es, lógicamente el sistema de la fe entraría en

conflicto o en competencia, a menos con otros sistemas, los cuales, lógicamente, tenderían a defenderse a mantener su solivencia frente al sistema que irrumpe.

Bien, la fe es un don de Dios, pero es un don humilde, no solamente porque él que lo vive como acto subjetivo lo vive humildemente, sino que es objetivamente humilde porque es una luz sobria, porque es una luz suficiente para orientar en confianza nuestra vida sobre unas grandes coordenadas que llevan a Dios, pero no suficiente, como sabemos, para iluminar todos los misterios, todos los entresijos de la vida y mucho menos para darnos una técnica o un método de acción histórica o de construcción de eso que llamamos el mundo. No lo es; es un germen, es una semilla, es un fermento que puede echar raíces en todas las culturas, en todas las ideologías, mientras no la excluyan, naturalmente, pero puede asumir, ciertamente, todas las ideologías y todas las técnicas y todas las formas legítimas, racionales y coherentes de la acción y del pensamiento humano.

Y es esta condición germinal, esta condición de fermento la que hace posible que la fe, cuando se la conoce de cerca de la actitud que el Señor pide, que el Señor inspira por la gracia, no sea un obstáculo para la unidad, sino al contrario, un factor supremo de unidad. En consecuencia no cabe un diálogo serio con el no creyente ateo, si queremos buscar al no creyente en sus extremos más crudos, no cabe un diálogo serio con el no creyente sin suscitar en él la búsqueda religiosa.

Si hablamos del diálogo con el no creyente, estamos situando el diálogo allí donde la palabra no creyente y creyente tiene un sentido, por tanto estamos en ese nivel profundo que es ya el nivel de la fe o del vacío y negación de la fe; en definitiva, es un nivel específico y peculiar y es lo que yo llamo un diálogo serio con el no creyente, lo demás es un diálogo importante, pero vana, que excepto en determinadas contexturas históricas, no necesita ser demasiado promovido, porque él sólo se promueve y él sólo se impone a la larga, ese sí que es un producto histórico absolutamente fatal. Los hombres tenemos necesidades y juntos las vamos resolviendo, pensemos como pensemos.

El diálogo serio con el no creyente desde la fe es un diálogo que busca incluso en esa cooperación humana y temporal la dimensión profunda que para el creyente es la dimensión religiosa y para el no creyente es también la dimensión religiosa, aunque sea en forma de vacío, de negación o de divinización del nombre.

Este carácter religioso incluso en el punto de partida del diálogo con el no creyente se apoya, como saben, no solamente en que Cristo nos ha mandado a los creyentes dar testimonio de El, no sería suficiente, sino una razón absolutamente lógica en que un diálogo de profundidad con el no creyente si no es un diálogo sobre Dios, tiene que ser necesariamente un diálogo sobre el hombre; y eso a mí me es igual, tanto me da empezar por el hombre como empezar por Dios. Pero aunque se empiece por el hombre no parece admisible un diálogo en profundizar sobre el hombre sin divinizar de algún modo al hombre. Si hablamos en serio de esa profundidad del hombre, estamos hablando de algo divino, luego ese algo divino, será una relación personal, será una especie de atmósfera panteísta, será vana palabrería; son biológicamente estimulantes. Ya se verá en el análisis lo que es.

Pero de partida ya, de arranque, todo diálogo serio en profundidad sobre el hombre es un diálogo sobre lo divino, automáticamente, cuando se habla de la dignidad, de la libertad de la persona, yo no entiendo nada, a no ser que se signifique que el hombre en el conjunto del universo, es algo más que una picecita, que un medio, que un instrumento; que es un absoluto, que es un fin y, por tanto que trasciende las fuerzas fatales, bien sean de la naturaleza, bien sean de la sociedad, o de la historia. Si no la trasciende, si es un engranaje más en esa maquinaria ciega, entonces a mí ya me pueden hablar de la dignidad y de la libertad, me tiene absolutamente sin cuidado, en profundidad.

Todo lo que no sea dialogar con el hombre, sobre el hombre en este nivel de seriedad, es traicionar nuestra misión, no sola-

mente de testigos de la fe, nuestra misión de hombres, pero que lógicamente queda asumida esta misión de hombre por la de testigos de la fe, la de creyente. En este sentido, creo, que tenemos que aceptar como creyentes, os lo exige la fe y nos lo exige la lógica humana, esa alta afirmación que ha vuelto a repetir el Papa en la "Populorum Progressio". Es absolutamente inconcebible en sentido propio un humanismo autónomo.

Si queremos hablar en serio, naturalmente, las palabras pueden usarse como se quieren, pero un humanismo cerrado sobre sí y que al mismo tiempo pretenda darle a la vida humana un sentido satisfactorio, un sentido abierto, un sentido trascendental, en definitiva, si no está abierto a lo religioso, si no está abierto a la primacía de la persona y de la libertad sobre las fuerzas ciegas, que eso es Dios en definitiva, entonces carece de significación. Nosotros no podemos jamás, en el diálogo con el no creyente, caer en la trampa de reconocer un humanismo con el cual dialogar desde otro humanismo. ¡Por todos los Santos!, si hablamos en serio, podemos llamar humanismo a lo que queramos, también lo podemos llamar humanismo al estudio de las Cartas de Cicerón; a la lengua latina. Llamemos lo que queramos.

En fin, dejémosnos ahora de las palabras y vayamos a lo que todos estamos adivinando. Si hablamos en serio de los valores esos del hombre que dan sentido, dan trascendencia, dan respaldo a todas las empresas humanas y a todos los ideales humanos, entonces el humanismo autónomo carece de significación, es una auténtica contradicción de los términos y, por tanto, el diálogo con el ateo tiene por misión inmediata desde el comienzo, suscitar en él, al menos, la preocupación por esta exigencia lógica de su propia autoafirmación. De su propia seguridad humanística, que es muy buena, porque es un valor auténticamente divino, pero tiene que ser consecuencia con las exigencias lógicas de esta afirmación y así como otros empiezan por Dios y proyectan la luz de Dios sobre el hombre, admitimos que se puede empezar por el hombre siempre que desde el hombre se vaya hasta las últimas consecuencias de la autoafirmación humana, y no se haga trampa en el juego. El diálogo es una cosa que aunque se revista de todas las formas de la amabilidad, de la humildad, de la modestia personal, de la condescendencia, tiene que tener una enorme intransigencia, si ha de ser un diálogo serio; si ha de ser un diálogo respetuoso del otro y de uno mismo, es decir, si no ha de ser un simple gasto de palabras para crear una atmósfera cómoda, una especie de colchón transitorio en el cual nos recostamos ambas partes. Es también un diálogo, pero no es el diálogo de que aquí hablamos.

CRISTO, SALVADOR DE LA HISTORIA

El creyente, la Iglesia en su conjunto, además de tener que sentirse muy preocupada por no transigir en esta materia, o sea, por no sacar el diálogo de su nivel, el verdadero del diálogo, por respeto al otro, respeto a ella misma, a uno mismo, debe considerar, como ya se está experimentando ahora, que la excesiva exaltación del Cristianismo anónimo, es decir, de la vivencia de Cristo y de la unión con Cristo sin conocer a Cristo, sin descubrir la relación lógica entre los valores humanos y Cristo o Dios, etc., lleva inevitablemente al cristianismo ateo, y en este sentido toda esa superficial ciencia reciente que llaman de la muerte de Dios, toda esa resucitación de ideas viejas del siglo pasado que aparecen ahora como nuevas porque han entrado en el nivel de la propaganda, todo eso, tiene mucha razón, la tiene desde el siglo pasado, y el cristianismo anónimo tiene que terminar siendo necesariamente cristianismo ateo. La razón es muy sencilla, porque el cristianismo anónimo, es decir, la exaltación del cristianismo anónimo por sistema, no el hecho de que lo haya que eso es un don de Dios, naturalmente, ¡bendito sea Dios!, que muchos hombres puedan conectar con El, aunque no lo conozcan, ya se sabe. Pero la exaltación de ese cristianismo anónimo por parte de aquellos que no podemos practicar el anonimato porque conocemos a Cristo, por tanto esa vestidura dorada de nuestra traición, que en definitiva es una auténtica

traición con todas las letras, eso significa que olvidamos o minusvaloramos la función reveladora de Cristo, la necesidad de Cristo como revelación del amor de Dios, como manifestación actuante, práctica del amor de Dios, como presencia activa de Dios en la historia, en la vida humana, en el corazón de los hombres, la sociedad, etc. Lo minusvaloramos y creemos que se suplente con la acción de Dios, que se da en todo hombre, en toda razón, en toda voluntad, en todo corazón que palpita; en definitiva, Cristo valdría más que por sí mismo, porque es un prototipo, un ejemplo singular de lo que hay en todos los hombres: Cristo persona, Cristo salvador, único queda o diluido o relegado, pasa a primer término con máximo relieve, la salvación a través de la razón, de la voluntad, del corazón de todo hombre, de cualquier hombre.

Si es así, las relaciones con Dios no tienen por qué ser relaciones directas a través de un canal especial: Cristo; las relaciones con Dios se dan en todo hombre y, en definitiva, las relaciones con Dios sobran. Bastan las relaciones interhumanas. Las relaciones interhumanas que están, se supone, cargadas de valor divino, estas relaciones interhumanas para unos valdrán por sí mismas. El único valor divino que hay en el Universo, pues, es el hombre. Para otros, estas relaciones interhumanas remiten a un Dios que está detrás y al cual, quizá, descubriremos después de la muerte, pero encontrar a ese Dios como sujeto de comunicación, de revelación, de relación directa, eso interesa relativamente poco.

La diferencia entre el cristianismo anónimo, así exagerado y el cristianismo ateo, es nulo. Todo consiste, como saben, en divinizar de una manera enigmática el valor del hombre admitiendo que tiene profundidad, admitiendo que no es superficial, pero sin interpretar de ninguna manera esa profundidad y, por tanto, sin personalizarla, y, por tanto, sin que sea posible una auténtica actitud religiosa, de relación de persona a persona; y, por tanto, suprimiendo el valor específico de la oración, de la relación sacramental de la mediación de la Iglesia, y no digamos de la mediación de los Santos; de la mediación de la Virgen María, etc. Dios en sí importaría poco, el Dios en cuanto se da manifestado en las relaciones interhumanas lo es todo.

Bien, la Iglesia, precisamente porque no puede aceptar un cristianismo ateo, ya que Cristo es Dios y es manifestación de Dios, necesita recordarnos continuamente que hemos de reaccionar contra estas actitudes inhibitorias y traidoras. La función de la Iglesia es manifestar por todos los medios, humildemente, gozosamente, a los hombres la presencia activa de Cristo, el valor actual de la comunión con el significado actual y vital de la oración, de la esperanza, de la contemplación.

La Iglesia es ya el último reducto de la contemplación y la contemplación, que muchas veces ha sido motejada como un factor alienante, es lo que hace que el hombre sea hombre; la contemplación es lo que hace que realmente, por encima de las limitaciones, de los fracasos de nuestra acción histórica, empalmemos con algo que nos hace sentir de verdad, nuestra dignidad, nuestras posibilidades, nuestro valor profundo y eterno. Gracias a esto el hombre que muere siente la eficacia del Reino de Cristo no menos que el hombre que triunfa; el hombre que fracasa, no menos que el hombre que consigue llevar a término sus empresas largamente soñadas, y el nivel, la densidad del Reino de Cristo no costa que sea mayor, cuando los hombres, aislados o asociados, llevan a término una empresa, que cuando un hombre muere, no consta que sea mayor: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso" —dijo el Señor al buen ladrón—, y en ese momento el buen ladrón que estaba suspirando por un reino, etc., consiguió el Reino, en toda su plenitud. Y si esta verdad, que es estremecedora, de que el Reino se consigue en toda su plenitud en el momento de la total pasividad, del abandono, de la muerte; si esta verdad no ocupa de un modo habitual nuestro pensamiento como objeto de contemplación, entonces no tenemos fe, entonces no somos cristianos, entonces estamos escamoteando la profundidad del hombre iluminada por la fe, procurando proyectar esta gran-

deza del hombre sobre unos artilugios históricos, unas magnificaciones que no sabemos si son conceptuales o puramente verbales, como hace cualquier hombre, porque todo hombre lo necesita biológicamente para poder avanzar y para poder vivir y enfrentarse con los problemas y hasta con la muerte.

La fe es la respuesta, la fe es la que nos asegura que este valor del hombre cuando el hombre fracasa es un valor real, y no una pura consolación ilusoria, que biológicamente necesita para no desesperarse; ésta es la diferencia entre la fe y las aspiraciones humanas, que a veces también se llaman fe y que son preparación a la fe, pero que pueden ser traicionadas si no se les comunica la fe. Este como ateísmo del cristiano por falta de cultivo, de la proyección misionera de la fe, y del valor humano de la fe y, por tanto, de la oración, de la contemplación, de la comunicación por personas reales que nos acompañan, tan reales como los demás hombres; más reales que los demás hombres, que en la muerte nos dejan solos. Este valor de la fe deteriorado hasta el ateísmo, muchas veces se debe a que, como saben, algunos cristianos, sobre todo ahora recientes, rechazan el contacto personal con Cristo, con el Dios que se ha manifestado en Cristo por mediación de la Iglesia histórica; Cristo se ha manifestado en un momento de la historia en forma humana, en forma visible, en forma tangible, como se manifiesta a los hombres.

Esta primera manifestación de Cristo es el apoyo fundamental de nuestra fe. Partimos de un hecho, partimos de un testimonio, no de una especulación. Esta fe apoyada en la primera manifestación se proyecta a su vez sobre la segunda, la fe viva en esperanza; esperamos la segunda venida del Señor y esta esperanza para el que cree no es alienante, al contrario, es constructiva, es la que da sentido a las posibilidades de la historia, si la historia tiene posibilidades, y si no, es un puro sucederse de intentos que se desinflan; de construcciones que se derriban. En medio, entre la primera manifestación y la segunda, la fe vive una situación difícil, ya es oscura ella, incluso con Cristo presente y visible, pero ahora es más oscura porque tiene que alimentarse de la mediación de la Iglesia y, en definitiva, la Iglesia es humana, está hecha de hombres, somos en gran parte nosotros mismos, saltan a la vista nuestros defectos, nuestras atonías, etc.: el gran escándalo, el gran misterio de la luz de Dios que se comunica a través de este tamiz que es la Iglesia con sus elementos humanos.

Esto suscita en no pocos, sobre todo en algunas personas de fuerte espiritualidad, el anhelo de una experiencia personal de Cristo, este anhelo de la experiencia personal de Cristo, cuando no es humilde, cuando se convierte en una condición impuesta al Señor, termina a su vez en ateísmo. Entonces, y yo podría señalar con el dedo a varios de estos ateos, apóstoles, entonces, la única vivencia, la única experiencia tangible, emocionalmente, palpitante de algo que se parezca a Cristo, naturalmente no es Cristo, no es la Iglesia, sino que será la solidaridad con el grupo político a), o con el grupo revolucionario b), o con el grupo de pobres c), o con el grupo de amigos h); es decir, una pura relación interhumana, cargada de valores, de efectividades, de emoción religiosa, cristiana, pero que, en su último desarrollo termina por sustituir a Cristo y a Dios, ya no necesita de Cristo ni de Dios, y el hombre lúcido se da cuenta en seguida, dice: "Bien, para mí lo que tiene aquí valor es como el desarrollo de mi humanidad, de mi corazón, proyectándose a los demás, que esta proyección pase más allá de ellos y empalme con un ser visible. Cristo Dios, después de todo, qué me importa." Cristianismo ateo.

DEFORMACION DEL ROSTRO DE DIOS

Bien, he acentuado esto, ahora yo no puedo ignorar, o sea, no puedo dejar de recordar aquí, en este momento, aunque no pretenda hacer una exposición o introducción sistemática que, precisamente porque Cristo, que actúa interiormente en los corazones por la gracia del Espíritu, pero se manifiesta en las formas visibles de comunicación social y humana a través de nosotros, a través de la Iglesia, no puedo ocultar que esta mediación histórica de la Iglesia verdaderamente causa problemas, es decir, que muchas veces

velamos el rostro de Cristo; que muchas veces la imagen de Dios, que se ve superficialmente en nosotros, no es auténtica; está deformada, es deformante y que, muchas veces esta deformación del rostro de Dios que impide que el no creyente vea de verdad a Dios y que hace que su negación de Dios, a veces sea negación de nosotros y no de Dios. Digo que esto no carece de culpa, por tanto, dos aspectos de este lado negativo, de este lado triste de la condición humana por una parte, el hecho de que hemos de valorar, como ha dicho el Papa en "La Ecclesiam Suam" y ha vuelto a repetir el Concilio al referirse al ateísmo, primer capítulo de "La Gaudium et Spes", después de afirmar solemnemente que una afirmación del hombre sin Dios es la negación del hombre. Pero, de todos modos, no podemos negar que hace falta buscar y comprender las causas ocultas de esta negación. Bien, y la causa oculta de esta negación muchas veces somos nosotros, la forma en que nosotros manifestamos a Dios. No voy a entrar ahora en análisis, serían fáciles de hacer, en todo caso el elenco está hecho no solamente por los pueblos autores, sino por el mismo Concilio y, segundo, al mismo tiempo que en el diálogo con el no creyente no podemos situar la conversación en un puro forcejeo entre el que habla de Dios, el que niega a Dios, sino que a veces habrá que empezar por un barrido, por una preparación del terreno para que, efectivamente, desaparezca el obstáculo que somos nosotros; para que la atención del no creyente no se fije en nosotros, buenos o malos; si malos por malos y si buenos peor todavía.

No hay peor obstáculo para llegar a Dios que nuestra bondad, cuando aparece como nuestra bondad, entonces estamos en el fari-seísmo, que se interpone entre Dios y los hombres. Se trata de que, a través de nuestra bondad o a través de nuestro arrepentimiento, como sea, que a través de la irradiación de la presencia del Cristo salvador en nosotros el otro no me vea a mí, sino que vea a Dios. "Es necesario que yo mengüe" —dijo Juan Bautista— para que El crezca." Es necesario que yo, después de sacudir la atención del ánimo de las gentes, desaparezca, me eclipse, para que esta atención se concentre en su auténtico foco de interés y de salvación.

Bien, esto es un problema delicadísimo y grave en el cual no podemos escamotear muchas veces nuestra culpa, el Concilio lo ha subrayado con vigor, pero atención, queridos amigos, que, a mi entender, ahora muchos de los que practican o regulan científicamente el diálogo con los ateos están cometiendo el error gravísimo, a la larga imperdonable, de poner ese diálogo no en su nivel religioso, que es donde tiene sentido, sino un nivel puramente sociológico, de comparación entre nuestra culpa de creyentes traidores, de creyentes poco fieles, de creyentes poco generosos, de creyentes poco maduros en la fe, etc., etc., y la bondad, la honestidad, la sinceridad del no creyente, que niega a Dios porque nosotros tapamos a Dios.

Muy bien, muy peligroso es esto, porque la única plataforma auténtica, lógicamente y graciosamente para el diálogo de la fe con el no creyente, es aquella en que el creyente y el no creyente se sienten en la presencia de Dios, en la presencia de Dios, y si el no creyente no se pone en la presencia de Dios, ni es no creyente ni es nada; no vale la pena hablar, con lo cual no digo que tenga que creer en Dios para ponerse en la presencia de Dios, pero tiene que ponerse en la presencia del misterio, la presencia de esa trascendencia que todo no creyente admita cuando afirma el valor supremo de su propia personalidad, por ejemplo, o el valor trascendente de la libertad humana y cosas de este tipo, ese más allá misterioso, enigmático, que es Dios o es el vacío de Dios, me es igual ahora, eso tiene que ser el punto de referencia y no la fácil, después de todo la inútil, la vanal comparación entre lo bueno que eres tú, que no crees y lo malísimo que soy yo, que creo.

Esto no vale para nada. Es necesario que el diálogo con el no creyente, sin ningún género de tapujos, desde el principio, se sitúe en un nivel de responsabilidad por ambas partes. El creyente confiesa su culpa; el creyente tratará de aclarar, incluso análi-

ticamente, pacientemente —según sea la situación intelectual o social de la no creencia—, los factores, los estorbos, los obstáculos, las falsas imágenes de Dios que pueden interponerse ante el que busca al Señor, de acuerdo. Lo hará sinceramente, lo hará confesando su culpa, pero no permitirá la menor dilación en advertir al no creyente desde el principio, que tiene gran responsabilidad y que ese no ver, por las causas que sean, por la oscuridad, por el misterio, por el enigma, porque nosotros nos ponemos en medio y estorbamos, etc., etc., a veces es no ver, es pura ignorancia inculpable, pero, a veces, es ceguera culpable. Es pecado contra el Espíritu Santo y más veces de lo que parece, añadiendo en seguida que este pecado contra el Espíritu Santo, que es la ceguera culpable, la ceguera del que no ve porque no quiere ver, sin embargo, precisamente porque está ciego, tratará de autojustificarse, se da de igual manera en el no creyente que en el creyente, porque también el creyente tiene que seguir la voz de Dios que le invita a más generosidad, a más entrega, a un avance en la fe, y no siempre lo hace.

Entonces es absolutamente necesario que, al dialogar creyente y no creyente, se humanen, y esta fraternidad humilde y es este juntarse en la indignidad ante la fuente de la responsabilidad que para el creyente es Dios y para el no creyente no sé cuál es, pero la siente, la vive como algo que brota de su propia dignidad humana, etc. Es esto lo que le da sentido religioso al diálogo; es decir, yo soy pecador, amigo no creyente, pero tú, puede ser que no creas con el pretexto de mi pecado. Primero porque como tantos, a pesar de la fraseología rimbombante, no quieres preocuparte del asunto; no quieres abrirte al apetito de Dios; quieres bastarte a ti mismo y te bastas con lo superficial, con la acción, con las pasiones, con las cosas no siempre nobles, no vamos a magnificar ahora ni al creyente ni al no creyente, vamos a ser crudos. Los hombres, si queremos avanzar en el diálogo religioso, en el diálogo humano.

Otras veces, amigo no creyente, será porque le pones a Dios condiciones; lo aceptas si te da fácil regalado, como pedían los judíos un mundo transformado; un reino de Dios sin desarrollo humilde, oculto; un reino de Dios que sea desde el principio un árbol lleno de frutos y no una semilla enterrada en tierra; no crees, no creyente, porque eres un fácil perfeccionista. Es muy cómodo desear la perfección en todo, sobre todo en los demás, y no admites la misteriosa realidad tal como es, pero a través de la cual se insinúa el Señor. En definitiva, no crees, no creyente, porque exiges la luz del mediodía y no te contentas con la insinuación del alba y, sin embargo, Dios no quiere darte más que la insinuación del alba; no le da la gana y no me preguntes por qué, porque no te lo sé responder.

A DIOS, SIN CONDICIONES

No le pongas condiciones a Dios. No sabes descubrir y aceptar la verdad entrevista, insinuada con el pretexto, muy razonable evidentemente, de que no acaba de convencerte. Tampoco a mí, pero es suficiente como pista para que si sintieses de verdad la necesidad de Dios, el vacío de Dios, eso que hablas de tu propia dignidad, etc., te pusieras por lo menos en búsqueda, en tensión expectante y no en actitud hostil. No crees, no creyente, porque no oras. Las cosas claras. Y es prácticamente imposible llegar a la fe sin orar, y no me vengas con la monserga de que no puedes orar a un Dios en quien no crees, porque eso es una tontería. El que está perdido, el que está angustiado, grita *¿hay que alguien le ayude, sin comprobar previamente si alguien está allí o no está, por el caso, al menos, grita.* Y es esta concepción de la relación con Dios como una relación personal, la que caracteriza la búsqueda religiosa, y es un método además. Y tú, creyente, con el pretexto de aplicar un método objetivista, un método puramente racional, el método de las ciencias positivas, eliminas el único método que lógica y racionalmente vale para intentar al menos la búsqueda del contacto con lo divino, que obtiene carácter personal o no vale la pena, y entonces trata de dominar a la persona con métodos objetivos, lo cual es absurdo.

A cada persona sólo la domina si ella se

digna abrirse a nuestra petición, abrirse a la confianza; si ella no se abre a la persona, jamás se la penetra, jamás se la domina, y si eso vale en toda comunicación interhumana, amigo no creyente, esto tiene que valer a los ojos de Dios.

Sin embargo no oras, yo quizá oro poco, y entre los dos, con pretextos solemnes minusvaloramos la oración y luego nos quejamos de que no hay fe o tú te quejas de que no ves a Dios. Este sentido de la responsabilidad.

El Concilio Vaticano ha dicho que nosotros no podemos convertirnos en jueces de nadie; es evidente, lo ha dicho el Señor antes. Nosotros no podemos juzgar, pero sí podemos recordar, empezando por uno mismo, a todos los hombres, que Dios sí juzga; que Dios juzgará y que ese juicio está ya anticipado y que una de las formas de ese juicio, la más terrible, es la que recaerá sobre el que se siente justificado, sobre el que se siente seguro, sobre el que cree que él ni tiene ni puede tener culpa, porque, evidentemente, no ha visto si él viera... Es el juicio sobre la ceguera culpable, sobre el pecado contra el Espíritu Santo, que no se perdona jamás. Lo ha dicho el Señor y nosotros tenemos que decirselo a la gente, y no podemos andar con tonterías. Tenemos que tener santo respeto a la hondura y al misterio del corazón humano.

PRIMACIA DE LA FE, SIEMPRE

Ahora, una vez afirmado esto que he dicho antes, hace muchos minutos, que es una verdad verdaderísima, pero que se vanaliza demasiado, se le da una importancia que realmente no tiene, casi nunca más que cuando hay situaciones históricas de eso que se llama de involución, de algunas sociedades de lo que apenas tiene interés histórico a la larga, dicho sea con perdón de tantos escritos que andan por ahí. Una vez dicho esto, creo que si el creyente ha de acometer esta cooperación, al menos él, desde su fe, aunque no trate de un modo directo de llevar a la fe al otro a ese nivel de cooperación temporal, no podrá olvidar una exigencia radical de la fe, que es la que dentro de esa unidad de vida, en virtud de la cual el creyente, aunque remita toda su vida a Dios y le dé un sentido trascendente, etc., en las cosas humanas comparte las posibilidades, los anhelos, todo lo de los demás hombres, en definitiva.

Dentro de esta unidad de vida, se trata de establecer, por razón de la fe, una jerarquía interna, una prioridad de valores. La propensión del no creyente, el hombre en general, es atender a las necesidades de los problemas de la construcción humana, de la construcción temporal, convirtiéndolos en condición de su acercamiento a Dios. Es el caso del pueblo judío ante Cristo, lo aceptó, pero condicionando su aceptación a que Cristo instaurase aquel Reino que ellos soñaron. Bien, como sabemos, este condicionamiento suele desembocar siempre en la negación; mientras que el cristiano sabe que aunque debe hacer todo lo posible por este reino en la tierra, por la instauración de un mundo mejor, en todas sus formas, etc., esto es la añadidura. Buscar primero el Reino de Dios; la tesis de la primacía del Reino de Dios, que es la tesis de la primacía de la fe, se está convirtiendo ahora en un escándalo para muchos creyentes. Yo me explico en parte este escándalo porque es una reacción contra otros abusos, que yo no puedo tolerar que se niegue la primacía de la fe, porque estamos volviendo a lo de siempre, a negar la fe misma, a traicionar nuestra condición de cristianos.

Esta primacía de la fe, creo que se puede entender si leemos despacio, cosa que no voy a hacer aquí ahora, el bellísimo capítulo cuarto de la primera parte de "La Gaudium et Spes", en que se habla cuál es la misión de la Iglesia en el mundo. Y allí se dice bien claramente, después de todos los capítulos anteriores, en que la Iglesia se manifiesta solidaria, compartiendo los anhelos, las tristezas, las alegrías de los hombres, los problemas, tratando de ayudar a todos los hombres a buscarles soluciones, etc., etc.; muy bien, allí se dice que la misión de la Iglesia es, ante todo, una misión escatológica: es conducir a los hombres a la vida perfecta del más allá y, por consiguiente, como causa,

la misión primaria de la Iglesia es cultivar la comunión directa con Dios en virtud de la manifestación de Cristo; en virtud de la fe, sólo que esta fe, esta luz divina, que es el objetivo primario de la misión de la Iglesia, se refleja automática, necesariamente, sobre todas las cosas de este mundo; se refleja sobre las cosas de este mundo y desde esa luz de la fe adquiere sentido todo lo referente a la persona humana; adquiere consistencia todo lo referente a la sociedad humana; adquiere valor todo lo referente a la acción humana en cualquiera de sus formas.

El cristiano es cristiano porque sabe que el amor del Padre se ha manifestado en Cristo y, por tanto, a esa luz y con esa realidad siente transfigurada toda su vida. Esta transfiguración de su vida, que es inherente al hecho tangible de la manifestación de Cristo y de su resurrección de los muertos; esta transfiguración es todavía independiente de sus logros históricos; esta transfiguración es igual para el pobre que para el rico; para el esclavo que para el libre; para el que vive en una sociedad justa y el que vive en una sociedad injusta. Es igual, el Reino de Dios no va a cambiar por eso, ¡pues estábamos aviados! Ahora, eso sí, esa caridad que proviene de la unión con Cristo exige en él una actitud de servicio activo, de dinamismo eficaz, intransigente, hasta tal punto, que el que lo omite culpablemente será rechazado por Cristo en el juicio: "No me disteis de comer, no me disteis de beber", y no una actitud de servicio cualquiera, desde unas posibilidades estáticas, sino una actitud que asuma todas las posibilidades crecientes del desarrollo histórico, en el orden jurídico, en el orden técnico, en el orden científico, etc.

La caridad en ese sentido hace suya toda la evolución, todo el dinamismo de la historia, de un modo intransigente, hasta el punto de que el que comete pecado ahí, si no se arrepiente, se condena.

Por tanto, aquí no hay ningún género de transigencias, de escamoteos, de pasiones, de alienaciones; todo lo contrario, la caridad hace suyo, condicionando la vida eterna, el dinamismo constructor de la historia como servicio a la humanidad, en la medida en que cada uno puede, y, sin embargo, y aquí está precisamente el valor esencial del hombre, de la primacía de la fe y, sin embargo, aunque no se logre la eficacia histórica de ese dinamismo, el Reino de Dios no se pierde absolutamente en nada. El Reino de Dios alcanza su cuota más alta, tanto en el momento de la muerte como en el momento de la mayor vitalidad; tanto en el momento en que los esfuerzos de los hombres estimulados por la caridad logran elevar el nivel de justicia de una sociedad, como en el momento en que no logran; como en el momento en que la esclavitud en tiempo apostólico seguía imperando, el Reino de Dios no por eso había crecido menos. Es muy difícil calcularlo por esas cosas. Se calibra por la caridad; se calibra por la dedicación generosa e insobornable a lograr eso, pero la dedicación no es lo mismo que el éxito, y todo aquel que absolutiza los valores de la construcción inmediata del mundo y pone a su servicio la fe, en vez de proceder al revés, ése necesariamente tiene que valorar el crecimiento del Reino por el éxito, por el avance, no por la intención, que es la clave definitiva de nuestra vida cristiana.

Bien, todo esto, como ven, para desembocar en que la fe es un absoluto incondicional para el creyente, y que a partir de ella tienen sentido todas las demás cosas, sin que disminuya en nada la exigencia de eficacia, pero sin que esta eficacia logre perturbar y disminuir, cuando no es culpable, en absoluto, la realidad del Reino de Dios. El Reino de Dios se realiza en el que muere en el Señor. Y bien sabe Dios que si esto no fuera así, yo no hablaría ni de la fe, ni de Dios, ni de Cristo, ni de nada. Me importaría todo un camino, me haría ingeniero y haría una teoría nueva para combatir con los marxistas y singularizarme en la historia, porque no lo consideraría importante.

La fe es un absoluto, todo lo demás es un relativo; lo relativo no carece de importancia, pero es relativo; es decir, recibe su importancia de su referencia a lo absoluto. Creo que esto es la clave de una auténtica actitud de diálogo, de convivencia, de comunicación entre el creyente y el no creyente.

Don Maximino Romero de Lema, obispo de Avila



Don Maximino Romero de Lema, hasta ahora obispo auxiliar de Madrid-Alcalá, que ha sido nombrado obispo residencial de Avila tras haber sido aceptada por el Padre Santo la renuncia del doctor Moro Briz, anterior prelado de la Diócesis abulense

El diario pontificio «L'Osservatore Romano» notificó el nombramiento de don Maximino Romero de Lema, hasta ahora obispo auxiliar de Madrid, como nuevo obispo residencial de Avila. Nos satisface enormemente esta noticia, por cuanto monseñor Romero de Lema fue consiliario del Centro de Madrid de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

Natural de Bayo (La Coruña), a los veinticinco años dio comienzo sus estudios sacerdotales en Friburgo (Suiza), donde llegó a conocer al cardenal Herrera Oria. Ostenta el título de doctor en Derecho en la Universidad de Madrid, para después estudiar Humanidades y Filosofía. De una inteligencia preclara y una gran capacidad intelectual, monseñor Romero fue subdirector del Instituto «León XIII» y dirigió el Instituto Español de Estudios Eclesiásticos. De obispo auxiliar de Madrid, consagrado por Pablo VI en 1964, ha pasado en un periodo récord de cuatro años a obispo de Avila. Se trata de persona de elevada ideología y de modernas concepciones, así como de una gran visión de futuro. Se interesa mucho por los problemas de la juventud y siempre ha sido la eficiente luz espiritual de todos los que a él han acudido. Sus pensamientos están en total conexión con los criterios postconciliares. También era y es muy querido en Roma, donde cursó parte de sus estudios eclesiásticos.

Asamblea regional de la A.C.N. de P. en Oviedo

En los pasados días 18 y 19 del mes de octubre, el presidente de la A.C.N. de P., señor Algora, ha asistido en la ciudad de Oviedo a las reuniones de los Centros asturianos de la Asociación.

Empezaron los actos con una función religiosa en la que el consiliario dirigió unas palabras en las que indicó la necesidad de conversión diaria del cristiano, necesidad que aún es mayor si cabe en el propagandista. Se concluyó rezando la oración a la Santísima Virgen.

Al día siguiente, tras la celebración de la Santa Misa, en el transcurso de la cual el consiliario se refirió a la importancia de la fe, y recalco las palabras del día anterior, sobre la necesidad de la reconversión del cristiano.

Al final de la Misa se mantuvieron unos cambios de opiniones entre los asistentes, en los que se indicó la importancia que el joven merece y lo que la A.C.N. de P. puede y debe hacer.

Los secretarios de los Centros de Oviedo y Gijón informaron sobre la marcha de sus Centros, indicando las obras en que colaboran. Por su parte, el secretario del Centro de Oviedo expresó la intención de su Centro de tener una obra propia, concretamente un Colegio Menor.

Se puso de manifiesto el deseo de todos los propagandistas de mantener un mayor contacto entre todos los Centros y con Madrid, para lograr una mayor eficacia. Asimismo, se comentó la función y tarea del propagandista, haciéndose notar que el cumplimiento del deber es tarea principal de todo miembro de la A.C.N. de P.

Concluyeron los actos con una comida de hermandad entre todos los asistentes.

«Seglares en la historia del catolicismo español»

El libro que recoge la historia de la Asociación desde 1908 a 1936 ha sido acogido, pese a su carácter restringido, muy favorablemente

De gran éxito se puede calificar la publicación del libro «Seglares en la historia del catolicismo español», editado recientemente por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Público y crítica, pese a su carácter restringido, lo han acogido muy favorablemente. El presidente ha recibido muchísimas cartas que atestiguan esta acogida. La Prensa se ha ocupado de él ampliamente. El diario nacional «Ya» dedicó dos sendas planas a entrevistar a don Isidoro Martín, uno de sus ilustres autores.

Por otra parte, desde Roma han llegado varios testimonios de la Secretaría de Estado, así como de los cardenales Garrone, Felici, Siri y Marella, entre otros, en términos altamente elogiosos. En idéntico sentido se ha pronunciado la mayor parte del Episcopado Español.

He aquí, resumidas, algunas de las opiniones, entre las muchas recibidas, de nuestros Prelados:

«Estimo muy oportuna la aparición de este libro (al que es de desear siga pronto el segundo volumen), dando a conocer esta galería de hombres ilustres, formados por esa tan benemérita Asociación C. N. de Propagandistas, que viene cumpliendo de maravilla su fin primordial de «formar hombres cristianos con vocación pública e inquietud por el bien común nacional», prestando con ello un inapreciable servicio a la Iglesia y a España.» (Santos, obispo de Avila.)

«Es muy conveniente dar a conocer la historia de esa Asociación, tan benemérita de la Iglesia y de España.» (Obispo de Oviedo.)

«Quiero felicitar a usted, señor presidente, y a los autores del libro, por la valiosa contribución que aportan a la historia del catolicismo español en el primer tercio del siglo XX.» (Casimiro Morcillo, arzobispo de Madrid-Alcalá.)

«He disfrutado leyéndolo, reviviendo con gozo, y con acción de gracias a Dios, la ya gloriosa historia de la querida Asociación de Propagandistas.» (Cardenal Quiroga Palacios.)

«Muy oportuna e interesante esta publicación, y no dudo hará mucho bien entre cuantos se dedican a las diversas formas de apostolado seglar.» (Souto Vizoso, obispo de Palencia.)

«¿No son acaso estos primeros pasos del apostolado seglar en los últimos tiempos de nuestra Patria? Creo que tienen la obligación de terminar esta historia. Sólo así se podrá contemplar la gran magnitud de la actividad y eficacia de la Asociación.» (Fernández Conde, obispo de Córdoba.)

«Demuestra lo que puede hacer un grupo reducido de hombres de verdadero espíritu que amen a la Iglesia y estén dispuestos a servir desinteresadamente al bien común de su Patria.» (Emilio Benavent, obispo de Málaga.)

«Estoy seguro que este volumen servirá para demostrar una vez más los altos ideales que animan a todos los propagandistas en favor de la Iglesia y de España, y pido al Señor que sigan siempre la línea de fidelidad que les caracteriza, al servicio del Magisterio de la Iglesia y de nuestra Patria.» (Demetrio Mansilla, obispo de Ciudad Rodrigo.)

«Refiere hechos de los que fui testigo en mi ya larga vida, ante los cuales ningún español, y menos si es católico, puede sentirse indiferente. El capítulo que, hacia el final del libro, don Isidoro Martín nos dice que falta acerca de la «naturaleza íntima de la Asociación y de las armas que se ha servido», sólo creo que podían habérselo dejado escrito los inolvidables padre Ayala y don Angel Herrera, que con tanta ilusión y acierto habían plasmado. No obstante, viven, gracias a Dios, muchos —al menos algunos— que podrían hacerlo con mucha exactitud y provecho para todos. No lo demoren: incluso para que con su lectura podamos alegrar nuestra vejez los que estamos cerca de los ochenta años, y recordamos todavía la callada emoción con que asistimos al nacimiento de la bendita Asociación, sin saber de dónde venía, ni a dónde iba, ni en qué pararía aquel singular movimiento juvenil.» (Obispo de Urgel.)